

1

La casa estaba desierta y vacía. El frío penetraba por todos los rincones. En la bañera se había formado una fina membrana de hielo. Y ella había empezado a adquirir un ligero tono azulado.

Pensó que, así tumbada, como estaba, parecía una princesa. Una princesa de hielo.

El suelo sobre el que se sentaba estaba helado, pero el frío no lo preocupaba. Extendió el brazo y la tocó.

La sangre de sus muñecas llevaba ya tiempo coagulada.

El amor que por ella sentía jamás había sido tan intenso. Le acarició el brazo como si acariciase el alma que había abandonado aquel cuerpo.

No se volvió a mirar cuando se marchó. Aquello no era un adiós. Era un hasta la vista.



Eilert Berg no era un hombre feliz. Su respiración fatigada le surgía de la boca en forma de pequeñas nubes blancas; pero no era la salud algo que él contase entre sus principales problemas.

Svea era tan hermosa de joven y a él le costó tanto resistir hasta la noche de bodas. Se comportaba dulce, amable y algo tímida. Su verdadera naturaleza se desveló después de un período demasiado breve de deseo juvenil. Con pie firme, lo había mantenido bajo su yugo durante cerca de cincuenta años. Pero Eilert tenía un secreto. Por primera vez en su vida veía la posibilidad de disfrutar de cierta libertad, en el otoño de su edad; y no tenía la menor intención de desaprovecharla.

Durante toda su vida había trabajado duro en el mar y sus ingresos nunca bastaron más que para mantener a Svea y a los hijos. Desde que se jubiló, sólo contaban con su escasa pensión para vivir. Sin dinero no había posibilidad de empezar una nueva vida en otro lugar, él solo. Aquella oportunidad se le había ofrecido como un regalo del cielo y era además tan simple que resultaba ridículo. Pero si alguien estaba dispuesto a pagar una suma desproporcionada por pocas horas de trabajo a la semana, no era su problema. Él no pensaba protestar. El montón de billetes que guardaba en la caja de madera tras el contenedor de los residuos orgánicos había ido creciendo en tan solo un año hasta convertirse en un imponente fajo y pronto tendría lo suficiente como para retirarse a regiones más cálidas.

Se detuvo para recuperar el aliento en el último tramo de la escarpada pendiente y se masajeó las manos doloridas por el reuma. España o tal vez Grecia, conseguirían aplacar el frío que, se diría, se generaba en su interior. Eilert contaba con que aún le quedaban diez años, como mínimo, hasta que llegase el momento de estirar la pata y tenía el firme propósito de sacarles el mejor partido. ¡Qué carajo iba él a pasarlos con la parienta, ni hablar!

El paseo diario que daba por la mañana, bien temprano, había constituido el único momento de paz y tranquilidad del que disfrutaba, además de proporcionarle el ejercicio que tanto necesitaba. Siempre seguía el mismo recorrido y quienes conocían sus costumbres solían asomarse a la puerta para charlar con él un rato. Le agradaba en particular pararse a hablar con la muchacha de la casa que había al final de la pendiente, junto a la escuela de Håkebackenskolan. Sólo estaba allí los fines de semana, siempre sola, pero le gustaba hablar sin prisas de todo lo habido y por haber. Y también le interesaba a la señorita Alexandra el pasado de Fjällbacka, asunto sobre el que Eilert departía con gusto. Y era muy hermosa. De eso entendía él aún, pese a que ya era viejo. Cierto que había corrido algún que otro rumor sobre ella, pero si uno se prestaba a atender las habladurías de las mujeres no le quedaba tiempo para otra cosa.

Hacía un año aproximadamente que ella le había preguntado si no le vendría bien echarle un ojo a la casa de vez en cuando, ya que pasaba por allí los viernes por la mañana. Era una casa vieja, ni la

caldera ni las tuberías eran muy de fiar y ella no quería llegar los fines de semana y encontrarse la casa helada. Le dejaría la llave, de modo que él no tuviese más que entrar y cerciorarse de que todo estaba en orden. Y, puesto que se habían producido algunos robos en la zona, también debía comprobar posibles daños en puertas y ventanas.

La tarea no parecía demasiado ardua y, una vez al mes, encontraba en el buzón de la muchacha un sobre a su nombre con una suma de dinero colosal a sus ojos. Por si fuera poco, pensaba que era muy agradable sentirse útil, pues le costaba permanecer ocioso después de haber estado trabajando toda la vida.

La verja estaba ladeada y emitía un chirrido de protesta cada vez que empujaba para abrirla y entrar en el jardín. No habían retirado la nieve y pensó si debía pedirle a alguno de sus chicos que le ayudase a hacerlo, pues aquello no era cosa de mujeres.

Rebuscó hasta dar con la llave, poniendo mucho cuidado en que no se le cayese el llavero en la espesa nieve: si se veía obligado a ponerse de rodillas, no sería capaz de volver a levantarse. La escalinata que precedía a la puerta de la casa estaba cubierta de hielo y muy resbaladiza, por lo que debía hacer uso de la barandilla. Eilert estaba a punto de introducir la llave en la cerradura cuando vio que la puerta estaba entornada. La abrió del todo, desconcertado, y entró en el vestíbulo.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

¿Habría llegado la joven más temprano aquel día? Nadie respondió. Al ver su propio aliento blanquecino surgir de su boca, tomó conciencia del frío que reinaba dentro. Y quedó perplejo. Había algo que fallaba en todo aquello y no creía que se tratase simplemente de la caldera.

Revisó las habitaciones. No parecían haber tocado nada. La casa estaba tan ordenada como siempre. El vídeo y el televisor seguían en su lugar. Tras haber recorrido toda la planta baja, Eilert subió la escalera que conducía al primer piso. Era una escalera muy empinada que lo obligaba a sujetarse bien a la barandilla. Una vez arriba, se asomó en primer lugar al dormitorio. La decoración tenía un toque femenino aunque sobrio y estaba tan ordenado como el resto de la casa. La cama estaba hecha y, a los pies, había una maleta de la

que no parecían haber sacado nada. De repente, se sintió un tanto estúpido. Seguro que ella había llegado antes y, al ver que la caldera estaba estropeada, saldría para buscar quien se la reparase. Pese a todo, ni él mismo confiaba en que ésa fuese la explicación. Algo no encajaba. Lo sentía en sus articulaciones igual que, a veces, sentía que se avecinaba una tormenta. Prosiguió cauteloso su recorrido por la casa. La siguiente habitación era una gran buhardilla con vigas de madera en el techo. A ambos lados de la chimenea había dos sofás, uno frente al otro y, a excepción de los periódicos que aparecían esparcidos sobre la mesa de centro, todo estaba en su sitio. Volvió a la planta baja. Tanto la cocina como la sala de estar presentaban el aspecto de siempre. La única habitación que le quedaba por mirar era el cuarto de baño. Algo lo hizo dudar antes de abrir la puerta. Seguían reinando la calma y el silencio. Vaciló un instante aún, pero comprendió que estaba comportándose de un modo ridículo y abrió la puerta con gesto decidido.

Segundos después, corría hacia la calle a tanta velocidad como le permitía su edad. En el último momento, recordó que la escalinata estaba resbaladiza y se aferró a la barandilla para no precipitarse de cabeza por los peldaños. Fue dando saltos por la nieve del jardín y lanzó una maldición al ver que la verja se le resistía. Ya en la acera se detuvo indeciso. Unos metros más abajo vio que, por la acera y a buen paso, se acercaba una figura en la que no tardó en reconocer a Erica, la hija de Tore. Enseguida le pidió a gritos que se detuviese.

Estaba cansada. Cansada a reventar. Erica Falck apagó el ordenador y fue a la cocina para ponerse más café. La apremiaban desde todos los frentes. La editorial quería un primer borrador del libro para agosto y apenas si acababa de empezar. Se había propuesto que el libro acerca de Selma Lagerlöf, su quinta biografía sobre escritoras suecas, fuese el mejor de los que había escrito, pero había perdido por completo el deseo de escribir. Hacía más de un mes que sus padres habían muerto, aún así el dolor seguía tan vivo como el día en que recibió la noticia. Y lo de hacer limpieza en la casa paterna tampoco había resultado tarea tan fácil como esperaba.

Todo le traía algún recuerdo. Cada cajón que vaciaba le llevaba horas, pues, con cada objeto, le sobrevenían imágenes de una vida que a ratos se le antojaba muy próxima y, a ratos, extremadamente remota. Pero invertiría el tiempo necesario en embalar todo aquello, ni más ni menos. Por el momento, había alquilado el apartamento de Estocolmo y calculó que bien podría sentarse a escribir en su casa de la infancia, en Fjällbacka, pues estaba en Sälvik, algo apartada, y el entorno era tranquilo y apacible.

Erica se sentó en el porche a contemplar el archipiélago. Aquellas vistas siempre la dejaban sin aliento. Cada estación llegaba acompañada de un espectacular escenario y aquel día, en concreto, traía un sol cegador que arrojaba cascadas de destellos sobre la gruesa capa de hielo que recubría el mar. A su padre le habría encantado un día así.

El llanto se le ahogó en la garganta y el aire de la casa le resultó de pronto sofocante y difícil de respirar. De modo que decidió dar un paseo. El termómetro indicaba quince grados bajo cero, por lo que se abrigó con varias capas de ropa. Pese a todo, sintió frío al salir, pero sabía que no tardaría en entrar en calor tan pronto como empezase a caminar a buen paso.

La tranquilidad que reinaba en la calle era una liberación. Nadie más circulaba fuera. El único ruido que oía era el de su propia respiración, lo que suponía un fuerte contraste con los meses de verano. Entonces, la vida bullía en el pueblo. Erica prefería mantenerse apartada de Fjällbacka los veranos. Aunque era consciente de que la supervivencia del pueblo dependía del turismo, no lograba librarse de la sensación de que, cada estío, los invadiese una ingente plaga de langostas. Un monstruo de mil cabezas que, poco a poco, año tras año, absorbía el viejo pueblo pesquero al comprar las casas junto a la playa, convirtiendo así el lugar en una ciudad fantasma los nueve meses restantes.

La pesca había sido durante siglos el medio de sustento de Fjällbacka. El árido entorno y la constante lucha por la supervivencia, que dependía de que el arenque abundase más o menos, había hecho de sus habitantes personas ariscas y fuertes. Desde que se convirtió en un paraje pintoresco y empezó a atraer a turistas de repletas billeteras, al mismo tiempo que la pesca comenzó a perder

importancia como fuente de ingresos, Erica había empezado a observar que los habitantes del lugar andaban cada año más abatidos y cabizbajos. Los jóvenes emigraban y los mayores soñaban con tiempos ya idos. Ella era, de hecho, una de los muchos que optaron por marcharse.

Apremió el paso aún más y giró a la izquierda, hacia la ladera que desembocaba en la escuela de Håkebackenskolan. Cuando ya se acercaba a la cima, oyó que Eilert Berg le decía a grandes voces algo que ella no entendió. El hombre manoteaba al tiempo que bajaba a su encuentro.

—¡Está muerta!

Eilert jadeaba entrecortadamente y su pecho emitía un desagradable pitido.

—Tranquilízate, Eilert. Dime ¿qué ha pasado?

—Está muerta, ahí dentro.

Eilert señalaba la gran casa de madera pintada de azul claro que había en la cima de la ladera sin apartar de ella su mirada acuciante.

A Erica le llevó un instante tomar conciencia de lo que le decía pero, cuando por fin registró sus palabras, abrió de un empujón la tozuda verja y se abrió paso a grandes zancadas hasta la puerta de la casa. El hombre la había dejado abierta y ella cruzó el umbral cautelosa, preguntándose qué visión la aguardaría. Por alguna razón, no se le ocurrió preguntar.

Eilert la seguía expectante y, sin pronunciar palabra, señaló la puerta del baño. Erica se tomó su tiempo, sin premura, se dio la vuelta y miró a Eilert con gesto inquisitivo. El hombre estaba pálido y, con un hilo de voz, le dijo:

—Ahí dentro.

Hacía mucho que Erica no ponía un pie en aquella casa, pero la conocía bien y sabía perfectamente dónde estaba el baño. Se estremeció de frío, pese a que llevaba ropa de abrigo. La puerta del baño fue abriéndose despacio; y ella entró.

No sabía exactamente qué esperaba encontrar, dada la deficiente información proporcionada por Eilert, pero nada la había preparado para el espectáculo de la sangre. El cuarto de baño estaba alicatado en blanco, de ahí que el efecto de la sangre que había tanto dentro como alrededor de la bañera resultase aún más llamativo. Por

un segundo, pensó que el contraste era hermoso, hasta que interiorizó el hecho de que quien yacía en la bañera era un ser humano de verdad.

Pese a lo antinatural de los tonos blancos y de la lividez que se apreciaba en el cuerpo, Erica la reconoció en el acto. Era Alexandra Wijkner, cuyo apellido de soltera era Carlgren, hija de los propietarios de la casa en la que ahora se encontraba. Habían sido muy buenas amigas durante su niñez, que ya se le antojaba muy remota. Ahora, la mujer de la bañera le parecía una extraña.

Los ojos del cadáver estaban cerrados, sin duda obra de un gesto compasivo, pero los labios presentaban un vivo tono azulado. Una delgada capa de hielo flotaba en la bañera ocultando el cuerpo por completo. El brazo derecho colgaba laxo y veteado sobre el borde de la bañera y los dedos se hundían en el charco de sangre coagulada que manchaba el suelo. Junto al brazo, también sobre el borde de la bañera, había una hoja de afeitar. Del otro brazo sólo se veía la parte superior del codo, pues el antebrazo yacía invisible bajo la capa de hielo. También las rodillas sobresalían de la helada superficie. El largo cabello rubio de Alex flotaba esparcido como un abanico sobre el cabecero de la bañera, pero aparecía quebradizo y congelado por el rigor.

Erica se quedó mirándola largo rato. Tiritaba tanto por el frío como por la soledad que ilustraba el macabro cuadro viviente. Muy despacio, fue reculando hasta salir de la habitación.

Después todo sucedió como en un paisaje brumoso. Llamó al médico de guardia desde su móvil y esperó junto con Eilert hasta que el doctor llegó con la ambulancia. Reconoció los indicios de la misma conmoción que sufrió al recibir la noticia de la muerte de sus padres y se sirvió una generosa copa de coñac tan pronto como llegó a casa. Tal vez no fuese lo que el médico le había prescrito, pero le ayudaba a controlar el temblor de sus manos.

Ver a Alex la había hecho retrotraerse a su niñez.

Hacía más de veinticinco años que habían sido amigas, pero, pese a que un sinnúmero de personas había pasado por su vida desde entonces, aún conservaba el recuerdo de Alex en su corazón. No

eran más que unas niñas en aquella época. De mayores, llegaron a convertirse en extrañas la una para la otra. Aun así, a Erica le costaba reconciliarse con la idea de que Alex se hubiese suicidado, lo que, por otro lado, había de ser la interpretación ineludible de lo que acababa de ver. La Alexandra a la que ella recordaba era una de las personas más llenas de vida, más estables que había conocido. Una mujer hermosa y segura de sí misma, con tanto carisma que hacía que la gente se volviese a su paso. Según los rumores que Erica había oído y conforme a lo que ella misma siempre había pensado, la vida había sido generosa con Alex. La joven dirigía una galería de arte en Gotemburgo, estaba casada con un hombre tan guapo como bien situado y vivía en Särö, en una casa que parecía una mansión. Aun así, era evidente que algo no iba bien.

Sintió que necesitaba despejar su mente y marcó el número de su hermana.

—¿Estabas dormida?

—¿Bromeas? Adrian me ha tenido en pie desde las tres de la mañana y, cuando por fin se durmió, hacia la seis, Emma se despertó con ganas de jugar.

—¿No ha podido levantarse Lucas, para variar?

Un silencio helador al otro lado del hilo telefónico la hizo mordearse la lengua.

—Hoy tenía una reunión importante y debía estar descansado. Además, la situación en su trabajo es bastante delicada en estos momentos, la empresa se enfrenta a una fase crítica de su estrategia.

Anna había ido alzando el tono de voz, en el que Erica percibió cierto eco histérico. Lucas siempre tenía a mano una buena excusa y, al parecer, Anna acababa de citar lo literalmente. Si no era una reunión importante, era que lo estresaban todas las decisiones cruciales que debía tomar o tenía los nervios desquiciados, pues la presión que, según el propio Lucas, implicaba ser un hombre de negocios tan exitoso era difícil de sobrellevar. De este modo, Anna era la única que se responsabilizaba de los niños. Con una niña de tres años bastante despabilada y un bebé de cuatro meses, cuando la vio en el funeral de sus padres, Anna aparentaba diez años más de los treinta que en realidad tenía.

—*Honey, don't touch that.*

—En serio, ¿no crees que va siendo hora de que empieces a hablar sueco con Emma?

—Lucas piensa que debemos hablar inglés en casa. Dice que, de todos modos, nos habremos mudado a vivir a Londres antes de que empiece el colegio.

Erica estaba tan harta de oír aquella frase: «Lucas piensa, Lucas dice, Lucas opina que...» A sus ojos, su cuñado era paradigma indiscutible de un cerdo de primera clase.

Anna lo conoció cuando trabajaba de *au pair* en Londres y quedó enseguida encandilada por el apabullante cortejo desplegado por el exitoso agente de bolsa Lucas Maxwell que, por si fuera poco, era diez años mayor que ella. Anna abandonó sus planes de estudiar en la universidad y, en cambio, dedicó su vida a ser la esposa perfecta e ideal. Tan sólo había un problema, que Lucas era una de esas personas que jamás se sienten satisfechas y Anna, que desde niña había hecho siempre exactamente lo que le venía en gana, había terminado por eliminar del todo su personalidad a lo largo de su convivencia con Lucas. Hasta que tuvieron hijos, Erica había conservado la esperanza de que su hermana recobrase el juicio, abandonase a Lucas y empezase a vivir su propia vida, pero cuando nació Emma y después Adrian, no tuvo más remedio que reconocer que, por desgracia, su cuñado había venido para quedarse.

—Propongo que dejemos el tema de Lucas y su concepto de educación infantil. En fin, ¿qué han organizado mis sobrinos favoritos desde la última vez?

—¡Bah! Lo de siempre, ya sabes... A Emma le dio un ataque de locura ayer y, antes de que la descubriese, le dio tiempo de destruir con las tijeras una buena cantidad de ropa, por valor de una pequeña fortuna; y Adrian lleva tres días que no deja de vomitar o de llorar a gritos.

—Me da la sensación de que necesitas cambiar de aires. ¿Por qué no te vienes a pasar una semana con los niños? Además, me vendría bien algo de ayuda con unas cuantas cosas. Y pronto tendremos que ponernos a arreglar papeles y demás.

—Pues eso, precisamente, habíamos pensado hablar contigo del tema.

La voz de Anna empezó a temblar claramente, como siempre

que tenía que abordar un tema espinoso. Erica aguzó enseguida el oído. Aquel «nosotros» le traía un eco de mal presagio. Tan pronto como Lucas metía la nariz en un asunto, era, por lo general, para hacer algo que lo beneficiaba a él y perjudicaba a todos los demás implicados.

Erica esperó a que Anna continuase.

—Lucas y yo hemos pensado volver a Londres tan pronto como la filial en Suecia haya quedado bien asentada y la verdad es que no habíamos pensado tener que preocuparnos del mantenimiento de una casa aquí. Y a ti tampoco te vendrá bien verte obligada a arrastrar el lastre de una gran casa de campo, quiero decir, puesto que no tienes familia y eso...

El silencio podía cortarse.

—¿Qué es lo que quieres decir?!

Erica se enredó un mechón de su rizado cabello en el dedo índice, una costumbre que había adquirido de niña y a la que recurría siempre que se ponía nerviosa.

—Pues eso... Lucas opina que debemos vender la casa. No podremos conservarla y mantenerla. Además, nos gustaría comprar una casa en Kensington cuando volvamos a Londres y, aunque Lucas gana mucho dinero, el dinero de la venta nos vendría más que bien. Quiero decir, las casas en la costa oeste y con tan buena situación se venden por varios millones. Los alemanes se vuelven locos en cuanto hay vistas al mar y olor a mar.

Anna siguió ofreciendo argumentos, pero Erica empezaba a estar harta y colgó el auricular muy despacio, en medio de una frase. Desde luego que aquello le había despejado la mente de todas, todas.

Ella siempre había sido más una madre que una hermana mayor para Anna. Desde que eran niñas, la había cuidado y protegido. Anna había sido una auténtica niña salvaje, un vendaval que seguía sus impulsos sin pensar en las consecuencias. Erica había tenido que salvarla, en más ocasiones de las que era capaz de recordar, de situaciones a las que ella misma se había expuesto. Lucas había derribado aquella espontaneidad suya, su alegría de vivir. Y aquello era, sobre todo, lo que Erica no podría perdonarle jamás.

A la mañana siguiente, el día anterior se le antojó un sueño. Había dormido profundamente y sin ensoñaciones que perturbasen su descanso y, pese a todo, se sentía como si apenas hubiese pegado ojo. Estaba tan cansada que le dolía todo el cuerpo. Le rugía el estómago considerablemente, pero tras una rápida ojeada al frigorífico, comprendió que se imponía una visita al supermercado de Eva Livs si quería echarse algo a la boca.

El centro del pueblo estaba desierto y en la plaza de Ingrid Bergman no se veía ni rastro del comercio que bullía allí los veranos. Había buena visibilidad, sin niebla ni bruma, y se divisaba hasta el último golfo de la isla de Valön, que se recortaba contra el horizonte y que, junto con la de Kråkholmen, formaba una angosta apertura hacia las últimas islas del archipiélago.

Llevaba ya recorrido un buen trecho de Gålarbacken cuando tuvo un encuentro. Un encuentro que, de buena gana, habría evitado, por lo que miró instintivamente en busca de alguna escapatoria.

—¡Buenos días!

Elna Persson gorjeó el saludo con una voz descaradamente despabilada.

—¿Pero no es nuestra paisana escritora quien pasea bajo el sol matinal?

Erica lanzó para sí un lamento.

—Pues sí, pensaba darme una vuelta por el súper de Eva para comprar algo.

—¡Pobre criatura! Debes de estar destrozada después de tan terrible experiencia.

La papada de Elna temblaba de excitación y Erica pensó que parecía una golondrina obesa. El abrigo de lana que llevaba era de color verdoso y la cubría entera, desde los hombros hasta los pies, convirtiéndola en una ingente masa amorfa. La mujer sujetaba firmemente el bolso entre sus manos y, sobre su cabeza, hacía equilibrio un sombrero demasiado pequeño en proporción al resto. Parecía de fieltro y también lucía una coloración indefinida, próxima al verde musgo. Tenía los ojos pequeños y hundidos en una protectora capa de grasa. La mujer miraba a Erica expectante, como reclamando una respuesta a su apreciación.

—Sí, bueno, no puede decirse que fuese muy agradable.

Elna asintió comprensiva.

—Pues verás, es que me topé por casualidad con la señora Rosengren y me contó que, al pasar con el coche, te había visto a ti junto a una ambulancia ante la casa de los Carlgren, y las dos comprendimos que tenía que haber sucedido algo terrible. Y después, por la tarde, cuando por casualidad llamé por teléfono al doctor Jacobsson para otro asunto, me habló del trágico suceso. Claro, como una confidencia, por supuesto. Los médicos están obligados por el secreto profesional y eso son cosas que hay que respetar.

Asintió puerilmente para subrayar hasta qué punto respetaba el secreto profesional del doctor Jacobsson.

—Y tan joven como era. Desde luego que una se pregunta qué puede haber detrás de todo. Personalmente, siempre he pensado que la muchacha parecía un tanto sobreexcitada. Yo conozco a Birgit, su madre, desde hace muchos años y sé que es una mujer que tiene los nervios a flor de piel, y esas cosas, ya se sabe, son hereditarias. Y creída también se volvió, me refiero a Birgit, cuando a Karl-Erik le dieron ese buen puesto de director en Gotemburgo. A partir de entonces, Fjällbacka dejó de ser lo bastante buena. No, ya sólo contaba la gran ciudad. Pero te digo una cosa, el dinero no le da la felicidad a nadie. Si la chiquilla hubiese tenido la oportunidad de crecer aquí en lugar de desarraigarla y llevarla a la capital, seguro que no habría terminado así. Incluso me atrevería a creer que enviaron a la pobre criatura a una escuela suiza, y ya se sabe cómo son las cosas en esos sitios, son experiencias que marcan el alma para toda la vida. Antes de marcharse era la niña más alegre y desenvuelta que había por aquí. Vosotras jugabais de niñas, ¿no? Eso es, bueno, yo no tengo más remedio que pensar que...

Elna continuó su monólogo y Erica, que no veía el fin del desastre, empezó a buscar febrilmente una excusa para zafarse de la conversación, que comenzaba a cobrar un tinte cada vez más desagradable. Y vio su oportunidad en el momento en que Elna hizo una pausa para recobrar el aliento.

—Ha sido un placer hablar contigo, pero, por desgracia, debo irme ya. Comprenderás que tengo muchas cosas que hacer.

Adoptó un gesto de máximo patetismo y deseó con todas sus

fuerzas haber logrado tentar a Elna para que se diese por vencida y siguiese su camino.

—¡Por supuesto, querida! ¿En qué estaré pensando? Todo esto debe de ser muy duro para ti, justo después de la tragedia que le sobrevino a tu propia familia. Te ruego que disculpes la falta de tacto de esta anciana.

A aquellas alturas, Elna se había conmovido a sí misma hasta el punto de que casi se echa a llorar, por lo que Erica asintió benevolente y se apresuró a despedirse. Con un suspiro de alivio, prosiguió su paseo hasta el súper de Eva rogando no encontrarse con más señoras ávidas de información.

Pero no la acompañó la suerte. Varios habitantes de Fjällbacka, inmisericordes, la frieron a preguntas, de modo que la joven no se atrevió a respirar tranquila hasta que no vio la fachada de su casa. Sin embargo, uno de los comentarios que había oído le hizo mella. Los padres de Alex habían llegado a Fjällbacka la noche anterior, ya tarde, y vivían en casa de la hermana de Birgit.

Erica dejó las bolsas de la compra sobre la mesa de la cocina y empezó a colocar su contenido. Pese a sus buenos propósitos, las bolsas no estaban tan llenas de alimentos sanos como ella había planeado antes de entrar en la tienda. Pero ¿cuándo, si no en un día tan penoso como aquél, podría permitirse el lujo de comprarse unas golosinas? Muy a propósito, ya le rugía el estómago, de modo que colocó en un plato dos bollos de canela, como doce puntos rojos en la ficha de *El peso ideal*, que se sirvió acompañados de una taza de café.

Era muy agradable sentarse a mirar el familiar paisaje que se extendía al otro lado de la ventana, pero aún no se había habituado a la tranquilidad de la casa. Ciertamente había estado sola allí con anterioridad, pero no era lo mismo. Entonces había una presencia, la conciencia de que alguien podía entrar por la puerta en cualquier momento. Ahora, en cambio, era como si se hubiese esfumado el espíritu mismo de la casa.

Allí, junto a la ventana, estaba la pipa de su padre, esperando que la cargasen. El aroma aún impregnaba la cocina, pero Erica tenía la sensación de que se atenuaba cada día.

Siempre le había encantado el olor a tabaco de pipa. Cuando era pequeña, solía sentarse en el regazo de su padre, con los ojos cerra-

dos y la cabeza contra su pecho. El humo del tabaco se infiltraba en sus ropas y su olor fue, durante su niñez, símbolo de seguridad.

La relación de Erica con su madre había sido infinitamente más compleja. No era capaz de recordar un solo momento de su niñez y adolescencia en que su madre le hubiese dado una muestra de cariño, un abrazo, una palmadita, una palabra de consuelo. Elsy Falck era una mujer dura e intransigente que mantenía un orden impecable en el hogar pero que no se permitía a sí misma la menor alegría en la vida. Era profundamente religiosa y, como tantos de los habitantes de los pueblos costeros de Bohuslän, había crecido en uno que seguía marcado por las enseñanzas del pastor Schartaus. Desde niña le había tocado aprender que la existencia era un sufrimiento sin fin y que recibiría su premio en la otra vida. Erica se preguntaba qué habría visto en Elsy su padre, hombre de carácter apacible y de excelente humor y en alguna ocasión, en un arrebato de ira adolescente, había soltado la pregunta. Su padre no se enfadó. Simplemente, se sentó y le pasó el brazo por los hombros antes de hacerle ver que no debía juzgar tan duramente a su madre. Hay personas a las que les cuesta más que a otras mostrar sus sentimientos, le explicó acariciándole las mejillas, aún encendidas por la indignación. Pero ella no lo escuchó y siguió convencida de que su padre había intentado encubrir lo que para Erica era una evidencia: su madre no la había querido jamás y ella debería arrastrar tal realidad el resto de su vida.

Tuvo el impulso de ir a visitar a los padres de Alexandra y decidió seguirlo. Era difícil perder a los padres, pero, pese a todo, así eran las leyes de la naturaleza. En cambio, perder a un hijo, debía de ser terrible. Además, Alexandra y ella fueron en su día las mejores amigas. Ciertamente hacía cerca de veinticinco años, pero gran parte de sus felices recuerdos de la infancia estaban íntimamente relacionados con Alex y su familia.

La casa parecía desierta. Los tíos de Alexandra vivían en la calle de Tallgatan, a medio camino entre el centro de Fjällbacka y el camping de Sälvik. Las casas se alineaban en la cima de una colina y el manto de césped de los jardines en hilera descendía abrupto hasta la calle, por la parte que daba al mar. La puerta estaba en la parte

trasera de la casa y Erica dudó un instante, antes de llamar al timbre. El sonido retumbó hasta desaparecer. No se oía nada en el interior de la casa y ya estaba a punto de darse media vuelta cuando la puerta empezó a abrirse poco a poco.

—¿Sí?

—Hola, soy Erica Falck. Yo fui quien...

Dejó el resto de la frase en el aire. Se sentía ridícula por haberse presentado con tanta formalidad. Ulla Persson, la tía de Alex, la conocía perfectamente. Ella y su madre participaron activamente en la asociación parroquial durante muchos años y, algunos domingos, Ulla iba a su casa a tomar café.

La mujer se hizo a un lado para que Erica entrase en el vestíbulo. No había en toda la casa una sola lámpara encendida. Claro que no anochecería hasta dentro de unas horas, pero ya empezaba a caer el ocaso y las sombras se alargaban proyectadas en las paredes. Desde la habitación que quedaba justo enfrente del vestíbulo se oían apagados sollozos. Erica se quitó los zapatos y el abrigo y se sorprendió intentando moverse sin hacer el menor ruido y con delicadeza, pues el ambiente que reinaba en la casa no propiciaba otra cosa. Ulla entró en la cocina y le indicó a Erica que continuase hasta la sala de estar. Una vez dentro, cesó el llanto. En el sofá colocado ante un gran ventanal de vista panorámica, estaban sentados Birgit y Karl-Erik Carlgren, que se abrazaban con gesto desesperado. Los dos tenían el rostro ajado y bañado en llanto y Erica sintió que estaba irrumpiendo en una esfera de absoluta privacidad. Un ámbito en el que tal vez no debiera entrometerse. Sin embargo, ya era demasiado tarde para lamentaciones.

Se sentó despacio en el sofá que había enfrente, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Nadie había pronunciado una sola palabra desde que entró en la habitación.

—¿Qué aspecto tenía?

En un primer momento, Erica no oyó bien a Birgit, que habló con la voz de una niña. Y no sabía qué responder.

—Sola —se oyó decir finalmente para arrepentirse enseguida—. No quería decir... —la frase quedó a medias y murió en el silencio reinante.

—¡Alex no se quitó la vida!

La voz de Birgit sonó de repente fuerte, decidida. Karl-Erik tomó la mano de su esposa asintiendo conforme. Probablemente, advirtieron la expresión de escepticismo de Erica, pues Birgit insistió:

—¡Alex no se quitó la vida! La conozco mejor que nadie y sé que jamás recurriría al suicidio. Jamás habría tenido el valor necesario para hacer tal cosa. Tú también debes saberlo. ¡Tú también la conocías!

La mujer se erguía cada vez más, subrayando cada sílaba y Erica vio una chispa de esperanza en sus ojos. Birgit cerraba y abría las manos convulsamente, una y otra vez, y miraba a Erica fijamente a los ojos, hasta que una de las dos tuvo que apartar la mirada. Fue Erica quien cedió primero y echó una ojeada a la habitación. Cualquier cosa, con tal de no tener que ver el dolor en el rostro de la madre de Alexandra.

La habitación era acogedora, aunque de decoración algo recargada para el gusto de Erica. Las cortinas, colgadas con un sistema complejo y adornadas con grandes volantes, estaban coordinadas con los cojines del sofá, confeccionados con el mismo estampado de grandes flores. Cada superficie aparecía cubierta de adornos y figurillas. Centros de madera artesanalmente tallada colocados sobre tapetes a punto de cruz compartían el espacio con perros de porcelana de ojos siempre llorosos. Lo único que salvaba la habitación era el enorme ventanal que ofrecía una vista extraordinaria. Erica deseó poder congelar el instante y seguir mirando por la ventana en lugar de verse arrastrada al dolor de aquellas dos personas. Pese a todo, volvió de nuevo el rostro al matrimonio Carlgren.

—La verdad, Birgit, no sé qué decir. Alexandra y yo fuimos amigas hace veinticinco años. En realidad, no sé cómo era. A veces no conocemos a la gente tan bien como creemos...

Erica oyó lo patético que aquello sonaba y dejó la frase inconclusa. Entonces, Karl-Erik tomó la palabra. Tras liberarse de la mano nerviosa de Birgit, se inclinó hacia delante, como si quisiera asegurarse de que Erica no se perdiese una sola de las palabras que pensaba decir.

—Sé que suena como si nos negásemos a aceptar lo sucedido y es posible que, en estos momentos, no demos una imagen de sosiego, precisamente; pero sabemos que, aunque Alex hubiese pensado

quitarse la vida, jamás lo habría hecho de ese modo. Tú misma recordarás que se ponía histérica de miedo cuando veía sangre. Si se hacía un corte, por pequeño que fuera, perdía los nervios hasta que no le ponían una tiritita. ¡Si hasta era capaz de desmayarse con tan sólo ver la sangre! Por eso estoy completamente seguro de que más se habría atrevido a tomar somníferos, por ejemplo. No existe la menor jodida posibilidad de que Alex lograra cortarse a sí misma con una cuchilla de afeitar, primero en un brazo y luego en el otro. Y luego, mi mujer tiene razón, Alex era frágil, no era una persona valiente. Y, para quitarse la vida, es preciso tener cierto grado de valentía, de la que ella carecía.

El hombre habló con convicción y, pese a que seguía persuadida de que aquello era la última esperanza de dos desesperados, Erica no pudo por menos de dejarse afectar por la duda. Bien mirado, había algo anómalo ayer en aquel baño. No porque, bajo ninguna circunstancia, pueda resultar normal encontrar un cadáver, pero había algo en el ambiente de la habitación que no acababa de encajar. Una presencia, una sombra. No sabía describirlo mejor. Seguía creyendo que Alexandra Wijkner se había visto abocada al suicidio, pero no podía negar que las insistentes observaciones de la pareja Carlgren habían suscitado sus dudas.

De repente, cayó en la cuenta de hasta qué punto Alex había llegado a parecerse de adulta a su madre. Birgit Carlgren era pequeña y esbelta, con el cabello rubio de su hija aunque, en lugar de la abundante y larga melena de Alex, ella lo llevaba con un elegante corte con flequillo. Ahora iba totalmente vestida de luto y, pese a su dolor, parecía consciente del llamativo efecto que producía el contraste del negro con el rubio de sus cabellos. Algunos de sus movimientos desvelaban cierto grado de vanidad. Una mano que mesaba a conciencia el flequillo, el movimiento al colocarse el cuello de la camisa, hasta dejarlo perfecto... Erica recordaba que su armario había sido una auténtica Meca para dos niñas de ocho años en edad de disfrazarse y su joyero era, sin duda, lo más parecido al reino de los cielos en aquella época.

A su lado, su esposo presentaba un aspecto bastante corriente. No porque careciese de atractivo, en absoluto, sino porque, simplemente, no estaba a la altura. Era un hombre de rostro alargado

con rasgos definidos y el nacimiento del pelo rezagado en la coronilla. También él vestía de negro, pero, a diferencia de su esposa, ese color le daba un aspecto más triste aún. Erica intuyó que había llegado el momento de marcharse mientras se preguntaba qué era lo que había pretendido conseguir con aquella visita.

Se levantó, pues. Y otro tanto hicieron los Carlgren. Birgit miró acuciante a su marido, como exhortándolo a decir algo. Evidentemente, algo de lo que ya habían estado hablando antes de que llegase Erica.

—Nos gustaría que escribieras un panegírico sobre Alex. Para publicarlo en el diario *Bohusläningen*. Algo sobre su vida, sus sueños..., y sobre su muerte. Un recordatorio de su vida y su persona. Significaría mucho para Birgit y para mí.

—Pero ¿no preferís que lo publique el diario *Göteborgs Posten*? Después de todo, ella vivía en Gotemburgo. Y vosotros también.

—Fjällbacka siempre fue y será nuestro hogar. Y Alex pensaba lo mismo. Podrías empezar por entrevistarte con Henrik, su marido. Ya hemos hablado con él y dice que está dispuesto. Ni que decir tiene que te pagaremos el trabajo.

Era evidente que, con aquello, daban por concluida la negociación. Y, sin haber llegado a aceptar el trabajo realmente, cuando la puerta se cerró a su espalda, Erica se encontró en la escalera con el teléfono y la dirección de Henrik Wijkner en la mano. Pese a que, sinceramente, no sintió el menor deseo de aceptar el encargo al oír la propuesta, en la mente de la escritora que llevaba dentro empezó a bullir una idea. La desechó, llena de remordimientos por haberla pensado siquiera, pero resultó ser una idea pertinaz, que parecía dispuesta a no darle tregua. En efecto, tenía ante sí lo que tanto tiempo llevaba buscando, la base para su nuevo libro. El relato del trayecto recorrido por una persona hasta encontrar su destino. La explicación de lo que había llevado a una mujer joven, hermosa y a todas luces privilegiada hacia la opción de la muerte. Claro que no daría el nombre de Alex, por supuesto, pero sí una historia basada en lo que pudiese averiguar sobre su camino hacia la muerte. Erica había publicado hasta el momento cuatro libros, todos ellos biografías de grandes escritoras suecas y aún no había tenido el valor de crear una narración propia. Pese a todo, sabía que, en su interior, había libros

que esperaban que ella los plasmase sobre el papel. Y este cometido tal vez le diese las alas, la inspiración que había estado esperando. El hecho de haber sido amiga de Alex en el pasado sería, desde luego, una ventaja.

Como persona, se retorció de aversión ante la idea, pero, como escritora, no cabía en sí de júbilo.

El pincel dejaba grandes trazos rojos sobre el lienzo. Llevaba pintando desde el alba y ahora, por primera vez, se apartó unos pasos para contemplar su creación. Para un ojo profano, no eran más que amplios campos en rojo, naranja y amarillo distribuidos de forma irregular sobre el gran lienzo. Para él eran la humillación y la resignación recreadas en los colores de la pasión.

Siempre pintaba con los mismos tonos. El pasado gritaba y se burlaba de él desde el lienzo mientras él intentaba expresarse con creciente frenesí.

Después de transcurrida otra hora, consideró que se había ganado la primera cerveza de la mañana. Tomó la lata que tenía más a mano, sin prestar atención al hecho de que, la noche anterior, había echado en ella la ceniza, que se le quedó pegada a los labios; pero siguió bebiendo con avidez de la cerveza ya sin fuerza y arrojó al suelo la lata una vez que hubo apurado hasta la última gota.

La parte delantera de los calzoncillos estaba amarilla, no se sabía si manchada de pintura o de orina seca. Probablemente, una combinación de ambas cosas. El cabello le caía grasiento sobre los hombros y tenía el pecho blancuzco y hundido. Anders Nilsson era la viva imagen de un despojo, pero el cuadro que descansaba sobre el caballete denotaba un talento en marcado contraste con la decadencia del artista.

Se hundió en el suelo y se apoyó contra la pared que se alzaba frente a su obra. A su lado había una lata de cerveza sin empezar y experimentó una sensación de placer al oír el ruido refrescante que emitió al tirar de la anilla. Los colores le chillaban recordándole aquello que se había dedicado a intentar olvidar gran parte de su vida. ¿Por qué tenía que venir ella a destrozarlo todo ahora, precisamente? ¿Por qué no podía dejar las cosas como estaban? Aquella

cerda puta egoísta que sólo pensaba en sí misma... Fría y malvada como una jodida princesa. Pero él sabía bien lo que ocultaba bajo aquella superficie. Los dos estaban fundidos en el mismo molde. Se habían formado y forjado a través de años de tortura común y ahora, de pronto, ella creía que podía cambiar el orden de las cosas sin consultar.

—¡Joder!

Lanzó un rugido y arrojó la lata, aún medio llena, contra el lienzo. Pero éste no se rompió, lo que lo indignó aun más, sino que se tambaleó un poco. Dejó la lata en el suelo mientras que el líquido chorreaba por la pintura y el rojo, el naranja y el amarillo empezaron a gotear y a mezclarse en nuevos tonos. Él observó el resultado con satisfacción.

Aún no se había recuperado de la resaca de la borrachera de la noche anterior y la cerveza empezó a hacerle efecto enseguida, pese al alto grado de tolerancia al alcohol desarrollado durante tantos años de duro entrenamiento. Muy despacio, se deslizó hacia las familiares nebulosas del aroma a antiguos vómitos en los orificios de la nariz.

Ella tenía su propia llave del apartamento. En el vestíbulo, se limpió a conciencia los zapatos, pese a que sabía que no merecía la pena en absoluto. La calle estaba más limpia. Dejó las bolsas de comida en el suelo y colgó el abrigo en una percha. No tenía sentido llamarlo, pues lo más seguro era que él ya estuviese fuera de combate a aquellas alturas.

La cocina estaba a la izquierda del vestíbulo y presentaba el mismo desorden lamentable de siempre. Había platos sucios de varias semanas amontonados no sólo en el fregadero, sino en las sillas y en la mesa e incluso en el suelo. Colillas, latas de cerveza y botellas vacías por todas partes.

Abrió la puerta del frigorífico para colocar la comida: en aquella ocasión, clamaba al cielo, pues estaba completamente vacío. Una vez colocada la comida, volvió a estar lleno y ella se sentó un momento para recobrar fuerzas.

El apartamento era un pequeño estudio, por lo que sólo cons-

taba de una gran habitación que incluía dormitorio y sala de estar. Los pocos muebles que lo poblaban se los había procurado ella misma, pero tampoco constituían una gran contribución, por lo que era el caballete el que dominaba enorme ante las ventanas del habitáculo. En un rincón se veía el colchón desportillado. Nunca pudo permitirse comprarle una cama de verdad.

Al principio intentó ayudarle a mantener limpia la casa y a sí mismo. Limpiaba, ordenaba, le lavaba la ropa y, casi con la misma frecuencia, incluso lo duchaba a él. En aquel entonces, ella aún confiaba en que todo cambiase. Que todo desapareciese por sí solo. Pero de eso hacía ya muchos años. En algún punto del camino, sintió que no podía más. Y ahora se conformaba con procurar que al menos tuviese algo que comer.

A menudo deseaba seguir teniendo la fuerza de antaño. El sentimiento de culpa se hacía demasiado pesado. Cuando se agachaba para limpiar sus vomitonas, sentía por un instante que estaba pagando parte de su culpa. Ahora seguía sintiéndose culpable, pero sin esperanza.

Se quedó observándolo arrumbado allí, en el rincón, contra la pared. Una ruina maloliente, pero con un talento insólito oculto bajo la inmundicia superficial. En infinidad de ocasiones se preguntó cómo habrían ido las cosas si su elección hubiese sido otra aquel día. Cada día, durante veinticinco años, se preguntaba cómo habría sido la vida si se hubiese conducido de otro modo. Veinticinco años son muchos años para pensar.

A veces lo dejaba tumbado en el suelo cuando se marchaba. Pero hoy no. El frío entraba desde la calle y sentía el suelo helado bajo las medias, demasiado finas. De modo que le tomó el brazo, que colgaba flácido e inerte junto a su cuerpo, y empezó a tirar, pero él no reaccionó. Entonces lo arrastró hasta el colchón tirando de las dos muñecas. Intentó darle la vuelta para subirlo y, al tocar la flacidez de su vientre, se estremeció. Después de tironear un rato, logró subir al colchón la mayor parte del cuerpo y, a falta de manta, fue a buscar su chaqueta, que estaba colgada en el vestíbulo, y lo cubrió con ella. Agotada por el esfuerzo y jadeante, se sentó a descansar un rato. De no ser por la fuerza de sus brazos, entrenados a lo largo de muchos años de trabajo como limpiadora, jamás habría

logrado subirlo, y menos a su edad. La preocupaba pensar en qué sucedería el día que tampoco físicamente tuviese fuerzas para vérselas con él.

Le caía por el rostro un mechón de cabello grasiento que ella apartó cariñosa con el dedo índice. La vida no había resultado ser lo que ella esperaba, para ninguno de los dos, pero tenía el propósito de dedicar el resto de su existencia a preservar lo poco que quedaba.

La gente volvía la vista cuando se la cruzaban por la calle, pero no antes de que ella pudiese ver la expresión de compasión en sus rostros. Anders era muy conocido en el pueblo y miembro permanente de la asociación local de alcohólicos anónimos. A veces él se paseaba con paso inseguro por el centro, borracho y desnortado, gritando improperios a cuantos encontraba a su paso. A él le tocaba el odio, a ella las simpatías de todos. En realidad, debería ser al contrario. Ella era la digna de desprecio, mientras que Anders merecía las simpatías de la gente. La debilidad de ella le había dado forma a la vida de él. Pero había decidido dejar de ser débil para siempre.

Estuvo allí sentada durante varias horas, acariciándole la frente. De vez en cuando, él se movía en su inconsciencia, pero el roce de su mano lo calmaba. Al otro lado de la ventana, la vida continuaba como siempre; en cambio, en la habitación, el tiempo se había detenido.

El lunes amaneció con pocos grados sobre cero y grandes bancos de nubes. Erica siempre conducía con precaución y ahora aminoró la marcha un poco más aún, para asegurarse el margen de reacción en caso de derrapar. No se le daba muy bien conducir, pero prefería la soledad del coche a apretujarse con la gente en el bus E6-Expressen o en el tren.

Cuando giró a la derecha y ya en la autovía, el piso mejoró, por lo que se atrevió a acelerar un poco. Iba a verse con Henrik Wijkner a las doce, pero había salido temprano de Fjällbacka y tenía tiempo de sobra para el viaje hasta Gotemburgo.

Por primera vez desde que vio a Alex en el helado cuarto de baño, pensó en la conversación mantenida con Anna. Aún le cos-

taba imaginar que Anna estuviese dispuesta a llevar a cabo la venta de la casa. Después de todo, había sido su hogar de la niñez y a sus padres les habría disgustado mucho la idea, si lo hubiesen sabido. Sin embargo, cuando Lucas intervenía, todo era posible y, puesto que conocía la falta de escrúpulos de su cuñado, el asunto la preocupaba. Lucas caía cada vez más bajo, pero aquello superaba cuanto había emprendido hasta entonces.

En fin, resolvió, no se preocuparía en serio por la casa hasta haberse informado de cuál era su situación desde el punto de vista puramente jurídico. Antes de haber hablado con el abogado, se negaba a dejarse abatir por la última invención de Lucas. Y ahora quería concentrarse en la conversación que no tardaría en mantener con el marido de Alex.

Henrik Wijkner le pareció agradable por teléfono y, cuando oyó su nombre, ya sabía cuál era el motivo de su llamada. Claro que podía visitarlo para hacer preguntas sobre Alexandra, puesto que el artículo panegírico parecía tan importante para sus padres.

Por más que le costase enfrentarse al dolor de una persona más, le resultaba emocionante pensar que iba a ver la casa de Alex. El encuentro con sus padres había sido desgarrador. Como escritora, prefería observar la realidad en la distancia. Estudiarla desde arriba, segura y con perspectiva. Al mismo tiempo, aquella visita le ofrecía la oportunidad de ver en qué clase de persona se había convertido Alex con los años.

Erica y Alex habían sido inseparables desde los primeros años de la escuela. Erica se sentía muy orgullosa de haber sido elegida por Alex, que atraía como un imán a cuantos se le acercaban. Todo el mundo quería estar con Alex que, por su parte, vivía inconsciente del alto grado de aceptación que inspiraba. Era reservada, pero de un modo que revelaba una seguridad en sí misma que, según Erica llegó a comprender en la edad adulta, debe de ser insólita en los niños. Y, al mismo tiempo, era abierta y generosa y, pese a ser reservada, no daba la impresión de ser tímida. Fue ella quien eligió a Erica como amiga. Erica nunca se habría atrevido a acercarse a Alex por sí misma. Fueron inseparables hasta los últimos años, hasta que Alex se marchó a la ciudad y desapareció para siempre de su vida. Alex empezó a aislarse y Erica se pasaba sola horas enteras, llorando

por su amistad encerrada en su habitación. Y un día, cuando llamó a la puerta de la casa de Alex, nadie respondió. Veinticinco años después, Erica recordaba con todo detalle el dolor que sintió cuando comprendió que Alex se había marchado sin decirle una palabra y sin despedirse de ella. Seguía sin tener la menor idea de lo que había sucedido, pero, como suelen hacer los niños, se culpó a sí misma suponiendo que Alex se había cansado de ella.

A Erica le costó orientarse a través de Gotemburgo para dirigirse a Särö. Conocía bien la ciudad, puesto que había estudiado allí cuatro años, pero en aquella época no tenía coche y en ese sentido Gotemburgo no era para ella más que una nebulosa en el mapa. Si hubiese podido conducir por los carriles para bicicletas, le habría resultado mucho más fácil orientarse. Gotemburgo era la pesadilla del conductor inseguro con sus innumerables calles de una sola dirección, rotondas llenas de coches y el estrechante timbre de los tranvías que se acercaban por todas partes. Además, a ella le daba la impresión de que todos los caminos conducían a Hisingen: si tomaba la salida equivocada, siempre acababa allí.

Las indicaciones que Henrik le había dado eran claras y encontró el camino a la primera, con lo que, en esta ocasión, consiguió mantenerse lejos de Hisingen.

La casa superaba todas sus expectativas. Una construcción enorme de finales del siglo anterior, en color blanco, con vistas al mar y un pequeño cenador que sugería la promesa de cálidas noches estivales. El jardín, oculto bajo una gruesa capa de nieve, estaba bien diseñado y, sólo por sus dimensiones, exigía los cuidados de un experto jardinero.

Atravesó un sendero de sauces y cruzó un alto enrejado hasta llegar a la explanada de gravilla que se extendía ante la casa.

La escalinata de piedra conducía hasta una robusta puerta de roble. No había timbre, sino una aldaba maciza que golpeó con decisión. La puerta se abrió de inmediato. Ya imaginaba que le abriría una doncella con cofia y delantal almidonado pero quien la recibió fue un hombre que supuso debía de ser Henrik Wijkner. Era terriblemente guapo y Erica se alegró de haberse esforzado algo más de lo habitual en arreglarse antes de salir de casa.

Entró en un vestíbulo enorme que, tras una rápida apreciación, debía de ser más grande que su apartamento de Estocolmo.

—Hola, soy Erica Falck.

—Hola, Henrik Wijkner. Si no recuerdo mal, nos conocimos el verano pasado en una cafetería de la plaza de Ingrid Bergman.

—Sí, es cierto, en el Café Bryggan. Parece que hace siglos desde el verano, sobre todo con el tiempo que tenemos ahora.

Henrik asintió educado mientras le ayudaba a quitarse el chaquetón y le indicaba con la mano el camino hacia el salón contiguo al vestíbulo. Con suma delicadeza, Erica se sentó en un sillón que, con su limitado conocimiento sobre antigüedades, sólo pudo calificar de muy antiguo y probablemente muy valioso, al tiempo que aceptó el café que le ofrecía Henrik. El joven empezó a servirlo y, mientras intercambiaban unas frases sobre el tiempo tan desapacible que tenían que sufrir, ella lo estudió a hurtadillas y constató que no parecía especialmente desolado, aunque sabía que eso no tenía por qué ser así. Cada uno tenía su modo de expresar el dolor.

Henrik vestía algo informal, aunque llevaba unos chinos perfectamente planchados y una camisa de Ralph Laurent de color azul claro. Tenía el cabello oscuro, casi negro y con un corte elegante sin llegar a parecer repeinado. Sus ojos castaños le daban un aspecto sureño. Ella prefería un tipo de hombre de físico algo más salvaje y, aun así, no podía sustraerse a la atracción que ejercía aquel hombre, que parecía salido de una revista de moda. Henrik y Alex debían de hacer una pareja estupenda.

—¡Es una maravilla de casa!

—Gracias. Yo soy la cuarta generación de Wijkner que la habita. Mi bisabuelo la mandó construir a principios de siglo y, desde entonces, ha pertenecido a la familia. Si estas paredes hablasen...

Abarcó con la mano la habitación y sonrió.

—Sí, debe ser maravilloso verse rodeado de tanta historia de la propia familia.

—Bueno, tiene ventajas e inconvenientes. También conlleva una responsabilidad insoslayable. Seguir el camino del padre y todo lo demás.

El joven se echó a reír mientras Erica pensaba que no parecía especialmente abrumado por ninguna responsabilidad. Ella, por su

parte, se sentía totalmente fuera de lugar en aquella elegante sala y luchaba en vano por encontrar la forma de sentarse cómodamente en aquel hermoso pero espartano sofá. Al cabo, terminó por acomodarse en el borde mismo, mientras daba sorbitos al café servido en diminutas tazas de moca. El meñique se le agitó, aunque ella supo contener el impulso. En efecto, las tazas parecían ideales para estirar el meñique, pero la joven sospechaba que daría una impresión más sarcástica que de saber estar. Luchó consigo misma un instante al ver la bandeja de pastas que había sobre la mesa y perdió la batalla en un duelo contra una gruesa rebanada de bizcocho equivalente a unos diez puntos rojos en la ficha del peso.

—Alex adoraba esta casa.

Erica estaba pensando precisamente en cómo acercarse al auténtico motivo de su presencia allí y se sintió agradecida al comprobar que el propio Henrik sacaba a colación el tema de Alex.

—¿Cuánto tiempo vivisteis juntos aquí?

—Tanto como duró nuestro matrimonio, quince años. Nos conocimos cuando estudiábamos en París. Ella, historia del arte y yo intentaba adquirir conocimientos sobre la economía mundial, al menos los suficientes para administrar a duras penas el emporio familiar.

Erica dudaba mucho de que Henrik Wijkner hiciese nunca algo «a duras penas».

—Después de casarnos volvimos a Suecia y nos instalamos en esta casa. Mis padres habían fallecido y la casa había estado muy descuidada los dos años que yo viví en el extranjero, pero Alex empezó a renovarla enseguida. Quería que todo estuviese perfecto. Cada detalle, el papel pintado, los muebles y las alfombras, son originales que han decorado la casa desde su construcción y restaurados según su aspecto primigenio o bien objetos que Alex compró. No sé a cuántos anticuarios acudió para encontrar objetos de decoración de la época de mi bisabuelo. Utilizó para guiarse montones de fotografías antiguas y el resultado es excelente. Al mismo tiempo, trabajaba duro para poner en marcha su galería y lo cierto es que aún no comprendo cómo le llegaba el tiempo para hacerlo todo.

—¿Qué clase de persona era Alex?

Henrik se tomó unos minutos para meditar su respuesta.

—Hermosa, tranquila, perfeccionista hasta la exasperación. Creo que, quienes no la conocían, podían calificarla de engreída. Pero eso era porque no dejaba que nadie entrase en su vida así como así. Alex era una persona por la que había que luchar.

Erica sabía perfectamente a qué se refería. El carácter reservado y el poderoso atractivo de Alex hacían que, ya de niña, la tachasen de presumida las mismas chicas que, acto seguido, se peleaban por sentarse a su lado.

—¿A qué te refieres exactamente?

Quería oír en qué términos lo expresaba Henrik.

El viudo miró por la ventana y, por primera vez desde que entró en la casa de los Wijkner, creyó atisbar la presencia de un sentimiento bajo aquella fachada encantadora.

—Ella siempre seguía su propio camino. No tomaba en consideración a los demás. No por maldad, no había maldad en Alex, sino por necesidad. Lo más importante para mi esposa era que no la hiriesen. Todo lo demás, todos los demás sentimientos, quedaban relegados a ese fin. El problema es que, si no dejas que nadie pase al otro lado del muro por miedo a que resulte un enemigo, también terminas por dejar fuera a los amigos.

En este punto, guardó silencio, antes de clavar en ella la mirada.

—Alex habló de ti alguna vez.

Erica no pudo ocultar su asombro. Teniendo en cuenta el modo en que había terminado su amistad, ella siempre creyó que Alex se dio media vuelta y no volvió a pensar en ella nunca más.

—Recuerdo especialmente que decía que tú eras la última amiga de verdad que había tenido jamás. «La última auténtica amistad», decía exactamente. Una manera un tanto extraña de expresarlo, en mi opinión, pero nunca mencionó nada más al respecto y, a aquellas alturas, yo ya sabía que de nada servía intentar sonsacarle. Por eso puedo contarte a ti cosas de Alex que jamás le contaría a nadie. Algo me dice que, pese a que habían pasado tantos años, mi esposa seguía reservándote un lugar especial en su corazón.

—¿Tú la amabas?

—Por encima de todo. Alexandra lo era todo en mi vida. Cuanto he hecho y cuanto he dicho giraba en torno a ella. Lo más

irónico es que ella jamás se dio cuenta. Si me hubiese permitido atravesar su muro, hoy no estaría muerta. Tenía la respuesta ante sus propias narices, pero no se atrevió a buscarla. La cobardía y el valor conformaban una mezcla extraña en la persona de mi esposa.

—Birgit y Karl-Erik no creen que se suicidó.

—Sí, lo sé. Y ellos ni se cuestionan que yo tampoco lo crea, pero, si he de ser sincero, lo cierto es que no sé lo que creo. Viví con ella durante más de quince años, pero jamás llegué a conocerla.

Su voz seguía siendo fría y objetiva y, por su tono, bien podría haber estado comentando las inclemencias del tiempo, pero Erica empezaba a comprender que su primera impresión de Henrik no pudo haber sido más errónea. Su dolor era inmenso. Sólo que no estaba expuesto al público como en el caso de Birgit y Karl-Erik Carlgren. Tal vez gracias a sus propias experiencias, supo como por instinto que aquel hombre no sufría sólo el dolor por la muerte de su esposa, sino el de no haber sabido aprovechar la oportunidad de hacer que ella lo amase como él la amaba. Y aquel era un sentimiento que ella conocía más que bien.

—¿A qué le tenía miedo?

—Yo me he preguntado lo mismo mil veces. La verdad es que no lo sé. Tan pronto como intentaba hablarlo con ella, cerraba la puerta. Nunca conseguí que me dejase entrar. Era como si tuviese un secreto que no pudiese compartir con nadie. ¿No suena extraño? El caso es que, como no sé cuál podía ser ese secreto, tampoco estoy en condiciones de saber si fue o no capaz de quitarse la vida.

—¿Qué tal llevaba su relación con sus padres y su hermana?

—Pues... ¿cómo te lo diría?

El hombre volvió a tomarse un instante de reflexión, antes de contestar.

—Tensa. Como si todos se sacasen de sus casillas unos a otros. La única que, de vez en cuando, decía lo que pensaba, era Julia, su hermana pequeña; y te aseguro que es una persona bien rara. Yo siempre tenía la sensación de que las réplicas que se decían en voz alta ocultaban otro diálogo, muy distinto. No sé cómo explicártelo. Era como si hablasen en una clave que a mí no me habían facilitado.

—¿A qué te refieres cuando dices que Julia es rara?

—Como ya sabrás, Julia nació cuando Birgit era algo mayor, cuarenta y muchos; y, además, no lo tenían planeado. Así que la pequeña fue como el polluelo del nido. Tampoco debió de ser muy fácil tener una hermana como Alex. Julia no era una niña bonita y, desde luego, no ha mejorado su atractivo con los años; en cambio Alex, ya sabes cómo era... Birgit y Karl-Erik siempre estuvieron muy pendientes de Alex y, simplemente, se olvidaron de Julia. Y ella atajó el problema encerrándose en sí misma. Pero a mí me cae bien. Hay algo más bajo su aparente hosquedad. Y espero que alguien se tome la molestia de descubrirlo.

—¿Cuál ha sido su reacción al saber de la muerte de Alex? ¿Qué tipo de relación mantenían las dos hermanas?

—Tendrás que preguntarles a Birgit o a Karl-Erik. Yo no he visto a Julia desde hace más de medio año. Estudia magisterio en Umeå y no le gusta salir de allí. Este año, ni siquiera estuvo en casa por Navidad. Pero Julia siempre idolatró a su hermana. Alex ya había empezado en el internado cuando Julia nació, así que no estaba mucho en casa, pero después, cuando nosotros íbamos allí, Julia andaba siempre pisándole los talones, como un cachorro. Alex no le hacía mucho caso y la dejaba. A veces Julia la irritaba y ella le regañaba, pero por lo general la ignoraba, sin más.

Erica empezaba a notar que la conversación estaba tocando a su fin. En las pausas, se dio cuenta de que un silencio total reinaba en aquella casa que, en su esplendor, debía de resultar bastante solitaria para Henrik Wijkner.

Erica se levantó y le tendió la mano que él estrechó entre las suyas reteniéndola unos segundos antes de soltarla y encaminarse hacia la puerta.

—Pensaba ir a la galería a echar una ojeada —comentó Erica.

—Sí, es una buena idea. Ella se sentía increíblemente orgullosa de su galería. La creó de la nada, junto con una amiga de sus años de universidad en París, Francine Bijoux, aunque ahora se apellida Sandberg. También nos veíamos bastante fuera del trabajo, aunque cada vez menos, desde que ella y su marido tuvieron hijos. Seguro que Francine está en la galería, así que la llamaré y le explicaré quién eres; no me cabe duda de que te hablará de Alex encantada.

Henrik le abrió la puerta y Erica le agradeció su hospitalidad una vez más, le dio la espalda al esposo de Alex y se encaminó al coche.

En el preciso instante en que salió del coche, el cielo se precipitó en copiosa lluvia. La galería estaba en la calle de Chalmersgatan, paralela a Avenyn, pero tras haber pasado media hora dando vueltas, se resignó a aparcar en Heden. En realidad, no estaba tan lejos, pero la intensidad de la lluvia hizo que así se lo pareciese. Por si fuera poco, el aparcamiento costaba doce coronas la hora y Erica se sentía cada vez más desanimada. Ni que decir tiene que tampoco llevaba paraguas y sabía que sus rizos no tardarían en adoptar el aspecto de una permanente casera.

Se apresuró a cruzar Avenyn y se detuvo justo a tiempo para dejar paso al tranvía número cuatro que apareció tronando en dirección a Mölndal. Dejó atrás el restaurante Valand, donde había pasado alguna que otra noche desenfrenada durante sus años de estudiante y giró a la izquierda para tomar la calle de Chalmersgatan.

La Galleri Abstrakt estaba a mano izquierda y tenía grandes escaparates a la calle. Una campanilla tintineó cuando Erica entró para comprobar que el local era mucho más grande de lo que parecía desde fuera. Las paredes, el suelo y el techo estaban pintados de blanco, lo que ayudaba a centrar la atención en las obras de arte que decoraban las paredes.

Al fondo del local había una mujer cuyo origen francés resultaba indiscutible. Simplemente, rezumaba elegancia por todas partes y conversaba con un cliente acerca de un cuadro sin dejar de gesticular con las manos.

—No tardaré en estar contigo. Entre tanto, date una vuelta por la exposición.

Su acento francés sonaba encantador.

Erica le tomó la palabra y, con las manos cruzadas a la espalda, empezó a pasear por la sala y a admirar las obras de arte. Tal y como indicaba el nombre de la galería, todos los cuadros eran de estilo abstracto. Cubos, cuadrados, círculos y figuras extrañas. Erica ladeó la cabeza y entrecerró los ojos en un intento de detectar qué era lo

que un experto en arte vería en aquellas figuras que escapaban por completo a su entendimiento. Pero no, no seguía viendo más que cubos y cuadrados que, según ella, podría haber plasmado un niño de cinco años. De modo que no le quedó más alternativa que aceptar que aquello quedaba fuera de su alcance.

Se encontraba ante un enorme cuadro rojo cuyo lienzo aparecía dividido en diversas partes amarillas distribuidas de forma irregular cuando oyó a su espalda los pasos de Francine, en sonoro taconeo sobre el tablero de ajedrez del suelo.

—¿No es maravilloso?

—Sí, bueno, claro, es bonito. Pero si he de ser sincera, no estoy muy familiarizada con el mundo artístico. A mí me parece que los girasoles de Van Gogh son bonitos, pero ahí, aproximadamente, terminan mis conocimientos.

Francine sonrió.

—Tú debes de ser Erica. Henri me llamó hace un rato para avisarme de que venías.

La mujer le tendió una mano delicada que Erica le estrechó no sin antes secarse la suya, aún mojada por la lluvia.

La mujer que tenía ante sí era menuda y delgada y hacía gala de una elegancia de la que las francesas parecen tener la patente. Con su metro setenta y cinco, sin zapatos, Erica se sentía a su lado como la mujer gigante.

Francine tenía el cabello negro y liso, peinado hacia atrás y recogido en un trenzado en la nuca y vestía un traje de chaqueta entallado de color negro, probablemente en señal de luto por la muerte de su amiga y colega, pues más parecía mujer de vestir rojos intensos e incluso amarillos. El maquillaje era ligero y perfecto, aunque no lograba ocultar el revelador enrojecimiento de sus ojos. Erica, por su parte, esperaba que no se le hubiese corrido el rimel bajo la lluvia, aunque aquella era, con total seguridad, una vana esperanza.

—He pensado que podríamos sentarnos a charlar mientras tomamos un café. Esto está hoy muy tranquilo. Ven, podemos pasar allí detrás.

Francine se encaminó delante de Erica hacia una pequeña sala que había tras la zona de exposición y que estaba totalmente equipada con frigorífico, microondas y cafetera. Había en el centro una

pequeña mesa con tan sólo dos sillas. Erica se sentó en una de ellas y no tardó en tener ante sí una humeante taza de café. Su estómago empezaba a protestar ante la idea de otro café, pues ya había tomado varias tazas en casa de Henrik, pero sabía por la experiencia de las innumerables entrevistas en las que había ido consiguiendo el material para sus libros que, por alguna razón, la gente se prestaba mejor a la conversación con una taza de café de por medio.

—Según me ha dicho Henrik, los padres de Alex te han pedido que escribas un artículo en memoria de su hija.

—Así es. Pero no la vi más que alguna que otra vez y de pasada en los últimos veinticinco años, de modo que estoy intentando averiguar algo más sobre el tipo de persona que era antes de ponerme a escribir.

—¿Eres periodista?

—No, escritora. De biografías. Esto lo hago sólo porque Birgit y Karl-Erik me lo han pedido. Además, fui yo quien la encontró, o casi y, de algún modo, siento la necesidad de escribir sobre ella, para poder crearme otra imagen de Alex, una imagen viva. Te parecerá extraño...

—No, en absoluto. Pienso que es estupendo que te tomes tantas molestias por darles el gusto a los padres de Alex; y por ella también, claro.

Francine se inclinó sobre la mesa y posó su mano, perfectamente cuidada, sobre la de Erica.

Erica sintió el rubor extenderse por sus mejillas e intentó no pensar en el borrador del libro en el que había estado trabajando la mayor parte del día anterior. Francine retomó la conversación:

—Henri me pidió además que respondiese a tus preguntas con la mayor sinceridad posible.

Francine hablaba un sueco perfecto, sus erres ligeramente guturales sonaban suaves y Erica notó que utilizaba la versión francesa del nombre de Henrik.

—Veamos, tú y Alex os conocisteis en París, ¿no es así?

—Sí, estudiamos juntas historia del arte. Y conectamos desde el primer día. Ella parecía perdida y yo me sentía perdida. El resto, como se suele decir, es historia.

—¿Cuántos años hace de eso?

—Pues veamos, Henri y Alex celebraron su décimo quinto aniversario de boda el otoño pasado, así que hace..., diecisiete años, quince de los cuales trabajamos juntas en la galería.

En este punto, hizo una pausa que, para sorpresa de Erica, aprovechó para encender un cigarrillo. Por alguna razón que se le ocultaba, no se había imaginado que Francine fuese fumadora. La mano le temblaba ligeramente mientras lo encendía y dio una profunda calada sin apartar la vista de Erica.

—¿No te preguntaste dónde estaría? Parece que llevaba ya una semana allí cuando la encontramos...

De repente, Erica cayó en la cuenta de que no se le había ocurrido hacerle la misma pregunta a Henrik.

—Ya sé que te sonará extraño, pero no, no me inquietó. Alex... —la mujer parecía dudar—, bueno, ella siempre hacía un poco lo que quería. Podía ser muy frustrante, pero supongo que con el tiempo llegué a acostumbrarme. No era la primera vez que desaparecía por un tiempo para luego presentarse otra vez aquí como si nada hubiera pasado. Además, ella me compensaba con creces cada vez que yo me tomaba una baja maternal y ella se quedaba sola al frente de la galería. Y, ¿sabes?, a ratos tengo la sensación de que también esta vez será así; que, simplemente, aparecerá por la puerta, sin más. Sólo que en esta ocasión no podrá ser.

Un velo de lágrimas empañó su mirada.

—No —convino Erica, bajando discretamente la suya, para que Francine pudiese enjugarse los ojos—. ¿Y Henrik? ¿Cómo reaccionó él cuando Alex desapareció sin avisar?

—Pues ya has hablado con él. Desde su punto de vista, Alex no podía hacer nada mal. Henri ha dedicado los últimos quince años de su vida a idolatrarla. Pobre Henri.

—¿Por qué «pobre»?

—Alex no lo amaba. Y él habría tenido que terminar aceptando esa realidad, tarde o temprano.

Apagó el primer cigarrillo y encendió otro.

—¿Os conoceríais muy bien, después de tantos años, verdad?

—No creo que nadie llegase a conocer a Alex. Aunque creo poder decir que yo la conocía mejor que Henri. Él siempre se negó a quitarse la venda de los ojos.

—Henrik me dio a entender durante nuestra conversación que él siempre tuvo la sensación, todos los años que duró su matrimonio, de que Alex le ocultaba algo. ¿Tú sabes si hay algo de verdad en eso? Y, en ese caso, ¿qué podía ser?

—Vaya, demasiado clarividente tratándose de Henri. Tal vez lo haya subestimado —Francine alzó una ceja perfecta—. A la primera pregunta, la respuesta es sí, yo también tenía la sensación de que Alex ocultaba algo; pero a la segunda debo responder no, lo siento, no tengo la menor idea de lo que podía ser. Pese a nuestra larga amistad, siempre hubo un punto que Alex señalaba para indicar «hasta aquí, pero sin pasar de aquí». Yo supe aceptarlo, Henri, en cambio, no. Y eso lo habría destrozado tarde o temprano. Además, sé que no habría tardado mucho.

—¿Por qué?

Francine vaciló un instante.

—Al cadáver de Alex le practicarán la autopsia, ¿verdad?

Erica no esperaba semejante pregunta.

—Así es, es lo que suele hacerse en caso de suicidio. Pero ¿por qué me lo preguntas?

—Porque, en tal caso, lo que pensaba contarte saldrá a la luz de todos modos. Tendré la conciencia más tranquila.

Francine apagó el cigarrillo a conciencia. Erica contenía la respiración, ansiosa y tensa, pero la colega de Alex se tomó su tiempo en encenderse un tercer cigarrillo. Sus dedos no presentaban la característica coloración amarillenta de los fumadores, de lo que Erica dedujo que no era habitual que fumase así, uno detrás de otro.

—Sabrás que Alex ha estado visitando Fjällbacka mucho más a menudo de lo normal durante los últimos seis meses o más.

—Desde luego, los rumores se difunden sin dificultad en los pueblos pequeños. Según las habladurías, iba a Fjällbacka más o menos todos los fines de semana. Sola.

—Bueno, eso es una verdad a medias.

Francine volvió a dudar, lo que obligó a Erica a contener su impulso de inclinarse sobre la mesa, cogerla por los brazos y zarrandearla para que soltase lo que sabía. Podía decirse sin reservas que Francine había despertado su curiosidad.

—El caso es que había conocido a alguien en Fjällbacka. Un

hombre. Claro que no era la primera vez que Alex tenía una aventura, pero, no sé por qué, yo tenía la sensación de que esto era distinto. Por primera vez desde que nos conocimos, parecía casi satisfecha. Además, yo sé que es imposible que se suicidase. Alguien la mató. No me cabe la menor duda.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Ni siquiera Henrik podía asegurarlo y, de hecho, él cree que Alex podría haberse quitado la vida.

—Porque estaba embarazada.

La respuesta dejó atónita a Erica.

—¿Lo sabe Henrik?

—No sabría decirte. En cualquier caso, el niño no era suyo. Ellos llevaban ya muchos años sin convivir en ese sentido. Y, en la época en que sí lo hacían, Alex siempre se negó a tener hijos con Henrik. Pese a que él se lo rogaba con insistencia. No, el padre del niño debía ser ese nuevo hombre, quien quiera que sea.

—¿Nunca te contó quién era?

—No. Como ya habrás comprendido a estas alturas, Alex era bastante parca en sus confidencias. He de reconocer que me sorprendió mucho que me confesase lo del niño, pero ésa es una de las razones que me confirman la idea de que no se quitó la vida. Alex rebosaba felicidad hasta el punto de que no pudo contenerse y guardar el secreto. Deseaba tener el niño y jamás habría hecho nada que lo perjudicase, mucho menos acabar con su vida. Era la primera vez que veía a Alexandra feliz, llena de ganas de vivir. Y sospecho que habría llegado a quererlo mucho —constató con tristeza—. ¿Sabes?, yo tenía la sensación de que pensaba acabar con su pasado, no sé en qué sentido exactamente, ni de qué modo, pero me dio esa impresión, por los comentarios que hacía de vez en cuando.

En ese momento se abrió la puerta de la galería y oyeron que alguien se sacudía la nieve de los pies en la alfombra de la entrada. Francine se levantó.

—Será un cliente. Tengo que atenderlo. Espero haberte sido de ayuda.

—Sí, por supuesto. Y os estoy muy agradecida, pues tanto tú como Henrik habéis sido muy sinceros. Me ha sido muy útil hablar con vosotros.

Francine le dijo al cliente que estaría con él enseguida y acom-

pañó a Erica hasta la entrada. Se detuvieron ante un enorme lienzo azul con un cuadrado blanco en el centro y se despidieron con un apretón de manos.

—Por pura curiosidad..., ¿cuánto vale un cuadro como éste?
¿Cinco mil, diez mil?

Francine sonrió condescendiente.

—Más bien cincuenta mil.

Erica lanzó un tenue silbido.

—Pues ya ves, objetos de arte y buenos vinos, ahí tienes dos campos del saber que son un misterio para mí.

—Sí, pero yo no soy capaz de redactar ni la lista de la compra. Cada uno tiene su especialidad, ¿no?

Ambas rieron de buena gana mientras Erica se ajustaba el abrigo, todavía húmedo, antes de salir a la calle, donde aún llovía.

La lluvia había transformado la nieve en aguanieve, por lo que Erica conducía a menos velocidad de la permitida, para tener más margen de reacción. Tras haber perdido cerca de media hora intentando salir de Hisingen, adonde había ido a parar por error, se acercaba ya a Uddevalla. El sordo rugido de su estómago le recordó que se había olvidado por completo de comer aquel día, de modo que abandonó la E-6 a la altura del centro comercial de Torp, al norte de Uddevalla, y entró con el coche en el *drive in* del MacDonalds. Devoró a toda prisa un *cheeseburger* sentada en el coche, en el aparcamiento, y no tardó en hallarse de nuevo al volante por la autopista. No dejaba de pensar en las conversaciones mantenidas con Henrik y Francine. Lo que le habían contado la hacía pensar en Alex como una persona rodeada de altos muros defensivos.

Pero lo que más suscitaba su curiosidad era quién podría ser el padre del hijo de Alex. Francine no creía que fuese Henrik, pero nadie puede saber con certeza lo que sucede en el dormitorio de los demás y Erica seguía considerándolo una posibilidad. De lo contrario, la cuestión era si el padre no sería el hombre con el que Alex se veía en Fjällbacka todos los fines de semana, según Francine, o si su antigua amiga mantenía una relación con alguien de Gotemburgo.

Erica se había llevado la impresión de que Alex vivía una especie de existencia paralela con las personas de su entorno. Hacía lo que quería, sin pensar en cómo afectaría a quien tenía a su alrededor y, ante todo, a Henrik. Erica sospechaba que a Francine le costaba comprender cómo Henrik aceptaba el matrimonio en esas condiciones e incluso creía que Francine lo despreciaba por ello. Ella, en cambio, comprendía perfectamente el funcionamiento de esos mecanismos: llevaba muchos años observando la relación matrimonial de Anna y Lucas.

Lo que más la atormentaba de la incapacidad de Anna para cambiar su situación era que no podía dejar de preguntarse si ella misma tenía alguna responsabilidad en la falta de autoestima que mostraba aquella. Cuando Anna nació, Erica tenía cinco años y, desde el momento en que vio a su hermana pequeña, se decidió a protegerla de la realidad que ella misma había sufrido y que la tenía marcada con una herida invisible. Anna no tendría que sentirse sola y rechazada a causa de la falta de cariño de su madre. Erica la compensaría abundantemente con los abrazos y las manifestaciones de cariño que Anna no iba a recibir de su madre. Ella se encargaría de atender a su hermana pequeña con celo maternal.

Anna se hacía querer. Totalmente despreocupada de los aspectos más penosos de la vida, vivía siempre al día, el momento presente. Erica, que era muy madura y siempre andaba preocupada, quedaba fascinada ante la energía con la que Anna disfrutaba cada instante de su vida. Aceptaba con calma los desvelos de Erica, pero no solía tener paciencia para quedarse sentada en su regazo y dejarse acariciar demasiado tiempo. Se convirtió en una adolescente indómita que hacía exactamente lo que se le ocurría, una jovencita despreocupada y egocéntrica. En momentos de lucidez, Erica solía admitir que había mimado y protegido a Anna en exceso. Pero lo que pretendía era compensarla por lo que ella jamás había recibido.

Anna resultó una presa fácil para Lucas, cuando se conocieron. La fascinaron las apariencias, pero no advirtió los sórdidos matices ocultos. Despacio, muy despacio, él fue destruyendo su alegría de vivir y su confianza en sí misma aprovechándose de su vanidad. Y ahora, Anna se veía como una hermosa ave enjaulada en su residencia de Östermalm y no tenía fuerzas ni para reconocer su error.

Todos los días, Erica deseaba que Anna, por sí misma, le tendiese la mano en busca de ayuda. Hasta que no llegase ese día, lo único que ella podía hacer era esperar y estar ahí. Claro que ella tampoco había tenido mucha suerte en su vida sentimental. De hecho, tenía a su espalda toda una serie de relaciones malogradas y de promesas incumplidas. En la mayoría de los casos, era ella quien las había roto. Una especie de alarma sonaba en cuanto alcanzaba cierto estadio en una relación. La sensación de pánico era tan intensa que apenas si podía respirar y la abocaba siempre a recoger sus cosas y marcharse sin mirar atrás. Aun así, por paradójico que pudiera parecer, ella siempre había añorado tener una familia, tener hijos; pero había cumplido ya los treinta y cinco y veía que los años se esfumaban a toda prisa.

¡Joder!, había conseguido mantener a raya el recuerdo de Lucas todo el día y ahora se le imponía sin saber cómo y era consciente de que no tenía más remedio que averiguar hasta qué punto se encontraba en una situación de desventaja. Pero estaba demasiado cansada para ponerse a ello en ese momento, así que lo dejaría para el día siguiente. Sintió la necesidad urgente de relajarse el resto del día, sin dedicar un solo pensamiento a Lucas ni a Alexandra Wijkner.

De modo que eligió un número de marcación rápida en su móvil.

—Hola, soy Erica. ¿Vais a estar en casa esta tarde? Pensaba pasarme un momento.

Dan soltó una cálida carcajada.

—¿Que si estamos en casa? ¿No sabes qué pasa esta tarde?

El silencio que le devolvió el otro lado del hilo telefónico tenía un eco de compacta estupefacción. Erica reflexionó a fondo, pero no recordaba que hubiese nada especial aquella tarde. No era fiesta, ni el cumpleaños de nadie, Dan y Pernilla se habían casado en verano, así que no podía ser su aniversario de bodas.

—Pues no, no tengo la menor idea. Ponme al corriente.

El auricular le trajo un hondo suspiro y Erica comprendió que el gran acontecimiento tenía que guardar necesariamente alguna relación con el deporte. Dan era un gran aficionado al deporte, lo

que, como ya sabía Erica, era fuente de algún que otro roce entre él y Pernilla, su mujer. Ella, en cambio, había encontrado su propio método para hacer pagar todas las noches que había tenido que pasar viendo cualquier absurdo programa deportivo en el televisor durante el tiempo que estuvieron juntos. Dan era un hincha fanático del Djurgården, por lo que Erica había decidido adoptar el papel de hincha entusiasta del AIK. En realidad, no le interesaba lo más mínimo el deporte en general y menos aún el hockey, pero, precisamente por eso, parecía poder irritar a Dan más aun. Lo que realmente lo sacaba de sus casillas era que el AIK ganase el partido y que ella no se inmutase especialmente.

—¡Suecia juega contra Bielorrusia!

Dan intuyó que ella no sabía de qué hablaba y lanzó otro suspiro.

—Las olimpiadas, Erica, las olimpiadas... ¿Eres consciente de que estos días se está celebrando un acontecimiento de tal magnitud?

—¡Ah! Te referías al partido. Pero bueno, claro que sigo los juegos. Yo creía que te referías a algo especial, *aparte* de eso.

Su tono fue tan exagerado que no quedó la menor duda de que no sabía nada del partido de aquella tarde y de que Dan literalmente se tiraba de los pelos ante tal blasfemia: el deporte no era, según él, cosa de broma.

—Bien, entonces me paso a ver el partido contigo y así veré cómo Salming aplasta la resistencia rusa...

—¿Salming?! ¿Tienes idea de cuánto hace que dejó de jugar? Estás de broma, ¿verdad? Dime que sí.

—Sí, Dan, estoy de broma. Tan inútil no soy. En fin, que iré a ver jugar a Sundin, si eso te gusta más. Un chico para morir de guapo, por cierto.

Dan suspiró por tercera vez, en esta ocasión por el hecho de que alguien cometiese el delito de hablar de tal gigante del hockey en términos distintos a los puramente deportivos.

—Anda, sí, vente. Pero no quiero que se repita lo de la última vez, ¿eh? Ningún parloteo durante el partido, nada de comentarios sobre lo sexy que están los jugadores con las rodilleras y, sobre todo, nada de preguntar si sólo llevan protector o si se han puesto los calzoncillos encima. ¿Estamos?

Erica rió con descaro y añadió en tono serio:

–Te lo juro por mi honor de scout, Dan.

Él masculló:

–¡Pero si tú nunca has sido scout!

–Precisamente.

Erica pulsó el botón con el símbolo de un pequeño teléfono rojo.

Dan y Pernilla vivían en una de las casas adosadas de Falkeliden, de construcción relativamente reciente. Las viviendas aparecían alineadas en largas hileras que seguían la pendiente de la colina de Rabekullen y eran tan parecidas entre sí que apenas si se distinguían unas de otras. Era un barrio muy solicitado por familias con hijos, ante todo por el hecho de que carecían por completo de vistas al mar, por lo que no habían subido de precio de la misma forma desorbitada que las edificaciones próximas a la playa.

Hacía una tarde demasiado fría para ir a pie, pero el coche emitió una enérgica protesta cuando Erica intentó forzarlo a subir por la pendiente, que no habían cubierto con la suficiente cantidad de arena y estaba muy resbaladiza. Así, cuando por fin entró en la calle de Dan y Pernilla, respiró aliviada.

Llamó al timbre, cuyo sonido originó enseguida un tumultuoso correteo de pequeños pies al otro lado de la puerta, que se abrió de golpe dejando ver a una niña enfundada en un larguísimo camisón. Era Lisen, la hija menor de Dan y Pernilla. Malin, la mediana, se encendió de rabia ante la injusticia de que hubiesen dejado que Lisen le abriese la puerta a Erica y la riña no cesó hasta que Pernilla hizo oír su voz decidida desde la cocina. Belinda, la mayor de las tres hijas, tenía trece años y Erica la había visto al pasar por la plaza, junto al quiosco de perritos de Acke, rodeada de chicos barbilampiños en moto. Seguro que sus amigos tendrían que emplearse a fondo para controlarla.

Abrazó a las niñas por orden de edad y éstas se marcharon tan rápido como habían aparecido, dejando que Erica se quitase el abrigo tranquilamente.

Pernilla estaba en la cocina, preparando la comida, con las mejillas sonrosadas y un delantal con la leyenda «besa al cocinero» escrita

en mayúsculas. Parecía hallarse en medio de una fase crítica del guiso, pues no hizo más que un gesto distraído a modo de saludo antes de volver a sus cacerolas y sartenes que humeaban en apetitoso chisporroteo. Erica entró en la sala de estar, donde sabía que encontraría a Dan, hundido en el sofá, con los pies apoyados sobre la mesa de cristal y el mando a distancia firmemente anclado a la mano derecha.

—¡Hola! Ya veo que el fresco de la casa está sentado haciendo el vago mientras que la mujer suda trabajando en la cocina.

—¡Hola! Sí, ya sabes, con tan sólo indicar dónde tiene que estar el armario y dirigir el hogar con mano firme, puede uno tener a raya a casi cualquier mujer.

Su cálida sonrisa contradecía sus palabras y Erica no sabía quién mandaba en la casa de los Karlsson, pero sí que no era Dan, desde luego.

Le dio un abrazo apresurado antes de sentarse en el sofá negro de piel y puso también ella los pies sobre la mesa. Estuvieron un rato viendo las noticias del canal cuatro, en agradable silencio, mientras Erica se preguntaba, no por primera vez, si su vida con Dan habría sido así de haber seguido con él.

Dan fue su primer gran amor y su primer novio. Estudiaron juntos toda la secundaria y fueron inseparables durante tres años. Pero sus aspiraciones eran muy distintas. Dan deseaba quedarse en Fjällbacka y ser pescador, como su padre y su abuelo antes que él. Erica, en cambio, no veía la hora de poder marcharse de aquel pueblo. Siempre tuvo la sensación de que allí se ahogaba y de que su futuro estaba en otro lugar.

Intentaron mantener la relación a distancia un tiempo, Dan en Fjällbacka y ella en Gotemburgo, pero sus vidas tomaron caminos opuestos y, tras una dolorosa ruptura, lograron crear una relación de amistad que, casi quince años después, seguía siendo fuerte y entrañable.

Pernilla apareció en la vida de Dan como una bendición de calor y consuelo, cuando éste aún intentaba acostumbrarse a la idea de que él y Erica no tenían futuro juntos. Pernilla estuvo a su lado cuando él más lo necesitaba y su manera de adorarlo llenó parte del vacío que había dejado Erica. Verlo con otra fue para ella una experiencia dolo-

rosa, pero poco a poco comprendió que era inevitable y que era algo que debía suceder tarde o temprano. La vida siempre seguía.

Ahora, Dan y Pernilla tenían tres hijas y Erica notaba que, con los años, habían aprendido a disfrutar de un cálido amor cotidiano, aunque había ocasiones en que creía detectar en Dan cierto desasosiego.

Para Dan y Erica tampoco fue fácil, al principio, seguir siendo amigos. Pernilla lo vigilaba celosa y miraba a Erica con suspicacia. De un modo lento pero eficaz, Erica logró convencerla de que no iba tras su marido y, aunque nunca llegaron a ser buenas amigas, su relación era relajada y sincera, quizá también porque las niñas adoraban a Erica, que incluso era madrina de Lisen.

—¡La mesa está puesta!

Dan y Erica, que estaban medio tumbados, se levantaron y fueron a la cocina. Allí, sobre la mesa, había colocado Pernilla una humeante olla. Pero sólo había dos cubiertos, a lo que Dan alzó una ceja en gesto inquisitivo.

—Yo ya he comido con las niñas. Comed vosotros mientras yo las meto en la cama.

Erica se sintió avergonzada al saber que Pernilla se había tomado tanta molestia por ella, pero Dan se encogió de hombros y empezó a servirse como si nada una gran porción de lo que resultó ser un succulento guiso de pescado.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo estás? Llevamos varias semanas sin saber de ti.

Había más preocupación que reproche en su voz, pero Erica sintió un punto de remordimiento por haber llamado tan poco en las últimas semanas. Había tenido tanto que hacer...

—Sí, bueno, ahora empieza a mejorar la cosa. Pero parece que habrá discusión por la casa —respondió Erica.

—¿Cómo? —Dan levantó la vista del plato, sorprendido—. Tanto Anna como tú adoráis esa casa. Y vosotras soléis ponerlos de acuerdo sin dificultad.

—Nosotras sí. Pero no olvides que Lucas también está implicado. Ya siente el olor del dinero y no puede perder la oportunidad. Por otro lado, él nunca ha tenido en cuenta la opinión de Anna, así que no veo por qué ahora iba a ser diferente.

—¡Joder! Si me lo cruzara una noche, se iba a enterar.

Subrayó sus intenciones dando un fuerte puñetazo contra la mesa de la cocina y a Erica no le cabía la menor duda de que podría darle a Lucas una buena paliza si quisiera. Dan siempre había sido de complexión musculosa y el duro trabajo en el pesquero había fortalecido su cuerpo más aun, aunque la ternura de sus ojos paliaba la impresión de hombre duro. Por lo que Erica sabía, jamás había levantado la mano contra ningún ser vivo.

—No diré nada, por ahora. Aún no sé cuál es mi situación. Mañana llamaré a Marianne, una amiga mía que es abogada y ella me informará de qué posibilidades tengo de impedir la venta; pero esta noche prefiero no pensar en ello. Además, me he visto envuelta en asuntos muy serios los últimos días, lo que hace que las consideraciones sobre mis posesiones materiales se me antojen un tanto insignificantes.

—Sí, ya me he enterado de lo que pasó. —Dan guardó silencio—. ¿Cómo fue la experiencia de encontrarse a alguien en semejantes circunstancias?

Erica meditó su respuesta.

—Triste y terrible al mismo tiempo. Espero no tener que vivir una experiencia así nunca más.

Le habló del artículo que estaba escribiendo y de sus conversaciones con el marido y la colega de Alexandra. Dan escuchaba en silencio.

—Lo que no acabo de entender es por qué se aislaba precisamente de las personas más importantes en su vida. Tendrías que haber visto a su marido, la adoraba. Aunque, por otro lado, lo mismo suele ocurrirle a la mayoría de la gente. Sonríen y fingen estar felices, pero en realidad tienen todo tipo de problemas y preocupaciones.

Dan la interrumpió bruscamente.

—Oye, que el partido empieza dentro de tres segundos y te aseguro que prefiero un partido de hockey a tus interpretaciones cuasi filosóficas.

—No te preocupes, que no voy a seguir. Además, me he traído un libro, por si el partido se pone aburrido.

Dan le lanzó una mirada amenazante, hasta que vio el guiño provocador de Erica.

Entraron en la sala de estar justo en el momento del primer saque neutral.

Marianne respondió a la primera señal de llamada.

—Hola, soy Erica.

—¡Hola! ¡Cuánto tiempo! ¡Qué bien que hayas llamado! ¿Cómo estás? He pensado mucho en ti últimamente...

Una vez más, se le vino a la mente lo poco que se había ocupado de sus amigos en las últimas semanas. Sabía que estaban preocupados por ella, pero en el último mes, en concreto, no había tenido fuerzas ni para llamar a Anna. Y ella sabía que sus amigos la comprendían.

Marianne era una buena amiga de la época de la universidad. Estudiaron juntas literatura, pero, tras casi cuatro años, Marianne descubrió que su vocación no era la de bibliotecaria, cambió el rumbo para estudiar derecho y ser abogada, muy buena, por cierto, según se vería después. De hecho, en la actualidad, era la más joven copropietaria de uno de los bufetes más importantes y afamados de Gotemburgo.

—Bueno, dadas las circunstancias, no estoy mal, gracias. Empezando a poner algo de orden en mi vida, pero aún tengo muchos cabos que atar.

Marianne nunca había sido partidaria de la charla vana y, con su certera intuición, supo enseguida que tampoco era lo que Erica pretendía.

—En fin, dime, ¿qué puedo hacer por ti, Erica? Sé perfectamente que algo hay, así que no intentes convencerme de lo contrario.

—Sí, la verdad es que me da un poco de vergüenza: llevo bastante tiempo sin llamarte y, cuando por fin lo hago, es para pedirte un favor.

—¡Venga!, no digas tonterías. Dime, ¿en qué puedo ayudarte? ¿Algún problema con la herencia?

—Pues puede decirse que sí, así es.

Erica estaba sentada ante la mesa de la cocina, jugueteando con la carta que había recibido aquella mañana.

—Anna o, más bien, Lucas, quiere vender la casa de Fjällbacka.

—Pero ¿qué dices? —Marianne perdió repentinamente su calma habitual—. ¿Quién coño se ha creído que es ese hombre? ¡Si vosotras adoráis esa casa!

Erica sintió que algo se quebraba en su interior y rompió a llorar enseguida. Marianne relajó su tono y le transmitió a Erica la sensación de que no estaba sola.

—Pero, querida, dime la verdad, ¿estás bien? ¿Quieres que vaya a tu casa? Puedo pasar la noche contigo.

Erica se deshacía en llanto, pero, tras unos cuantos sollozos, se calmó hasta el punto de que empezaba a tener sentido enjugarse las lágrimas.

—Eres muy amable, pero estoy bien. Seguro. Demasiados problemas en poco tiempo, eso es todo. Revisar y clasificar las cosas de mis padres me ha destrozado, llevo retraso en la entrega del libro y la editorial no deja de apremiarme, luego el problema de la casa y, para colmo, llego el viernes y me encuentro muerta a mi mejor amiga de la infancia.

La risa empezó a estallar en su interior como una columna de burbujas y, con los ojos aún llenos de lágrimas, rompió en una carcajada histérica que no logró dominar hasta después de transcurridos unos minutos.

—¿Te he oído mal o has dicho muerta?

—Por desgracia, me has oído perfectamente. Perdona, debe de sonarte horrible que me ría, pero es que no puedo más. Era mi mejor amiga de la infancia, Alexandra Wijkner, que se quitó la vida en la bañera de la casa de sus padres en Fjällbacka. Bueno, hasta es posible que la conozcas. Ella y su marido, Henrik Wijkner, se movían en los círculos más exquisitos de Gotemburgo, con el mismo tipo de gente con la que tú te codeas ahora, ¿no?

Erica sonrió a sabiendas de que Marianne, al otro lado del hilo telefónico, hacía lo mismo. En su época de jóvenes estudiantes, Marianne vivía en el barrio de pescadores de Majorna y luchaba por los derechos de la clase trabajadora; las dos sabían que, con los años, se había visto obligada a adoptar otro tono en su discurso para acceder a los entornos a los que, necesariamente, se veía abocada por su trabajo en el respetado bufete. Ahora vestía elegantes trajes con blusas de lazada que lucir en los cócteles

de Örtgryte, pero Erica sabía que, en el caso de Marianne, no era más que una fina capa de barniz que servía para disimular su rebeldía.

—Henrik Wijkner..., sí, me suena. Creo que incluso tenemos conocidos comunes, pero nunca hemos coincidido. Hombre de negocios implacable, según dicen. El típico capaz de despedir a cien personas antes del desayuno sin perder el apetito. Su mujer tenía una tienda, ¿no?

—Una galería. De arte abstracto.

Los términos en que Marianne había descrito a Henrik la desconcertaron. Erica siempre se había tenido por una persona con buen criterio para la gente y para ella Henrik no encajaba en la imagen de cruel hombre de negocios.

Dejó el tema de Alex y pasó a hablar de la verdadera razón de su llamada.

—He recibido una carta esta mañana. Del abogado de Lucas. Me convocan en ella a una reunión en Estocolmo, este viernes, para tratar la venta de la casa de mis padres y la verdad es que estoy en blanco en temas legales. ¿Cuáles son mis derechos, si es que los tengo? ¿Es cierto que Lucas puede hacer lo que pretende?

Sintió que el labio volvía a temblarle y respiró hondo para calmarse y no romper a llorar otra vez. Al otro lado de la ventana, el hielo volvía a relumbrar en la bahía tras los últimos días de deshielo seguidos de las temperaturas nocturnas, por debajo de los cero grados. Un gorrión se posó sobre el alféizar de la ventana y recordó que tenía que comprar una bola de sebo para los pájaros. El gorrión ladeó la cabeza, como intrigado, y picoteó levemente la ventana. Tras cerciorarse de que no sacaría de ella nada comestible, desapareció alzando el vuelo.

—Como ya sabes, yo soy especialista en derecho fiscal y poco sé de derecho de familia, así que no puedo darte una respuesta inmediata. Pero haremos lo siguiente, le preguntaré a uno de los expertos del bufete y te llamaré mañana. Erica, recuerda que no estás sola. Te prometo que voy a ayudarte.

Fue un alivio oír las tranquilizadoras palabras de Marianne y, cuando ya había colgado el auricular, la vida le parecía más halagüeña, pese a que no sabía nada que no supiese antes de llamar.

El desasosiego la abordó de repente. Se obligó a retomar el trabajo con la biografía, pero se le resistía. Le quedaba más de la mitad del libro y la editorial empezaba a mostrar su impaciencia, pues aún no habían recibido el primer borrador. Tras haber llenado casi cuatro folios, leyó lo escrito, lo clasificó como basura y eliminó sin titubeos varias horas de trabajo. La biografía la aburría terriblemente y hacía ya tiempo que había perdido las ganas de trabajar. En cambio, se aplicó a terminar el artículo sobre Alexandra y lo metió en un sobre dirigido a la familia de Bohuslän. Después, sintió que era el momento ideal para llamar a Dan y meter el dedo en la llaga, casi mortal, que su alma parecía haber recibido como consecuencia de la espectacular derrota de Suecia en el partido de la noche anterior.

El comisario Mellberg palmoteaba ufano su enorme estómago mientras sopesaba lo oportuno de dar una cabezada. Después de todo, no había casi nada que hacer y lo poco que había no le parecía demasiado importante.

Decidió que sería estupendo dormir un rato para digerir el copioso almuerzo con la debida tranquilidad, pero apenas si había cerrado los ojos cuando un resuelto golpeteo en la puerta le anunció que lo buscaba Annika Jansson, la secretaria de la comisaría.

—¿Qué coño pasa? ¿No ves que estoy ocupado?

En un intento de parecer ocupado, revolvió sin ton ni son los papeles que tenía amontonados sobre el escritorio, pero lo único que consiguió fue volcar la taza de café que se derramó sobre los documentos, de modo que tomó para secarlo lo primero que encontró a mano: el faldón de la camisa, que rara vez veía el interior de la cinturilla del pantalón.

—¡Maldita sea! ¿Quién coño me manda ser jefe en este sitio? ¿No has aprendido a mostrarle algo de respeto a tu superior llamando a la puerta antes de entrar?

La mujer no se molestó en señalar que, de hecho, había llamado a la puerta. Sabía como era, por su edad y su experiencia, aguardó sin más, tranquilamente, a que pasara lo peor.

—Supongo que tienes algo que preguntar —masculló Mellberg. Annika respondió con voz mesurada.

—La unidad forense de Gotemburgo ha estado buscándote. En concreto, el patólogo forense Tord Pedersen. Puedes localizarlo en este número.

Annika le tendió un papel con un número de teléfono cuidadosamente anotado.

—¿Ha dicho de qué se trata?

La curiosidad le cosquilleaba a la altura del diafragma. La unidad forense no llamaba todos los días a pueblos perdidos como aquél. Quizás ahora, por una vez en la vida, hubiese ocasión y lugar para un trabajo policial brillante.

Ahuyentó abstraído a Annika al tiempo que se encajaba el auricular entre la papada y el hombro antes de ponerse a marcar ansioso el número anotado.

Annika retrocedió presurosa y salió del despacho cerrando la puerta enérgicamente. Después, se sentó ante su escritorio y maldijo, como en tantas otras ocasiones, la resolución que envió a Mellberg a la pequeña comisaría de policía de Tanumshede. Según los rumores que circulaban en la comisaría, se había hecho odioso en Gotemburgo por maltratar a conciencia a un refugiado que retenían allí bajo arresto. Y, al parecer, no fue ése el único paso en falso de su carrera, aunque sí el más grave. Sus superiores se cansaron. La investigación interna no demostró nada, pero todos temían que Mellberg organizase otro escándalo, de modo que lo trasladaron con efecto inmediato a un puesto de comisario en Tanumshede, todos y cada uno de cuyos doce mil habitantes, la mayor parte de ellos observantes de la ley, constituían un recordatorio constante de su humillación. Sus antiguos jefes de Gotemburgo contaban con que allí no podría causar ningún daño digno de mención. Y dicha previsión había sido correcta hasta el momento. Por otro lado, su presencia tampoco era de ninguna utilidad.

Annika siempre había estado a gusto en su trabajo, pero eso terminó tan pronto como la comisaría quedó bajo las órdenes de Mellberg. El tipo no sólo era un maleducado, sino que además se veía a sí mismo como un don de los dioses para las mujeres y Annika era la que más oportunidades tenía de sufrirlo. Sugerencias equívocas, pellizcos en el trasero y comentarios ambiguos no eran más que una mínima parte de lo que, en la actualidad, tenía que soportar en su

puesto de trabajo. Sin embargo, el rasgo que más repulsivo le resultaba era el horrendo peinado que el hombre se había ingeniado para ocultar su calva. En efecto, se había dejado crecer el resto del pelo hasta alcanzar longitudes que sus empleados sólo podían intuir, para después enrollarlo sobre la calva en una disposición que más parecía un nido de cuervos abandonado.

Annika se estremecía ante la sola recreación mental de su aspecto con el pelo suelto, pero tenía el firme convencimiento de que jamás se vería obligada a observarlo.

También ella se preguntaba qué querría la unidad de medicina forense. Pero, en fin, ya lo sabría en su momento. La comisaría era tan pequeña que, en menos de una hora, toda la información de interés era del dominio público.

Bertil Mellberg se quedó oyendo las señales de llamada mientras observaba la retirada de Annika.

Terriblemente guapa la señora. Firme y bonita, aunque rellena donde conviene estarlo. El cabello largo y rubio, el pecho alto y un generoso trasero. Una lástima que siempre llevara faldas largas y camisas anchas. Tal vez él debiera advertirle de lo adecuado de una vestimenta algo más ceñida. Como jefe que era, debía poder opinar sobre el vestuario del personal. Treinta y siete años tenía; eso lo sabía él porque lo había mirado en los datos del personal. Poco más de veinte años más joven que él, es decir, precisamente lo que a él le gustaba. De las señoras mayores que se encargase otro. Él era lo bastante hombre para jóvenes talentos. Maduro, con experiencia, pretendiente vistoso, y ni el más avisado podía figurarse que había perdido algo de cabello con los años. Se tanteó la coronilla con cuidado. Sí, el pelo estaba donde tenía que estar.

—Aquí Tord Pedersen.

—Sí, hola. Soy el comisario Bertil Mellberg, de la comisaría de Tanumshede. Me han dicho que querías hablar conmigo.

—Así es. Se trata del fallecimiento que me llegó de vuestro distrito. Una mujer llamada Alexandra Wijkner. Parecía un suicidio.

—Ajá.

La respuesta se hacía esperar. Mellberg estallaba de curiosidad.

—Pues le hice la autopsia ayer y no cabe la menor duda de que no puede tratarse de un suicidio. Alguien la mató.

—¡Cojones!

En su excitación, Mellberg volvió a volcar la taza de café y las gotas que aún quedaban en el fondo se derramaron sobre el escritorio. Volvió a recurrir a la camisa, que recibió una nueva serie de manchas.

—¿Cómo lo sabéis? Quiero decir, ¿qué pruebas tenéis de que fue asesinato?

—Puedo enviaros por fax el informe de la autopsia ahora mismo, pero no sé si os enteraréis de algo. Lo que sí puedo hacer es daros en síntesis los hallazgos más importantes. Espera un momento que me ponga las gafas —dijo Pedersen.

Mellberg lo oyó leer murmurando mientras él no se aguantaba la curiosidad por escuchar la información.

—Veamos, aquí lo tenemos. Mujer, treinta y cinco años, buen estado físico general. Pero eso ya lo sabéis. Lleva muerta una semana, aproximadamente, y aun así el cuerpo está en muy buen estado. Sobre todo, gracias a la baja temperatura de la habitación en que se encontró el cuerpo. El hielo que rodeaba la parte inferior del cuerpo también contribuyó a conservarlo.

»Cortes definidos en las arterias de ambas muñecas, practicados con una cuchilla de afeitar que se encontraba en el lugar del hallazgo del cadáver. Y eso fue lo que me hizo sospechar. Ambos cortes tienen exactamente la misma longitud y profundidad, lo que es bastante inusual; incluso me atrevería a decir que inexistente en casos de suicidio. Ya sabes, puesto que somos o diestros o zurdos, las heridas en la muñeca izquierda resultan mucho más precisas y profundas, en el caso de un diestro, que las que se hace en el brazo derecho, cuando se ve obligado a utilizar la mano «mala», por así decirlo. Examiné entonces los dedos de ambas manos y vi confirmada mi sospecha. La hoja de una cuchilla de afeitar es tan afilada que, al usarla, deja en la mayoría de los casos heridas sólo visibles al microscopio. Y Alexandra Wijkner no presentaba ninguna herida de este tipo. Lo que también es indicio de que fue otra persona la que le cortó las venas, probablemente con la intención de que pareciese un suicidio.

Pedersen hizo aquí una pausa, antes de proseguir:

—Mi siguiente duda fue cómo puede nadie conseguir que una persona se preste a tal cosa sin oponer resistencia, duda que despejó el informe toxicológico: la víctima presentaba restos de un fuerte somnífero en sangre.

—Y eso, ¿qué demuestra? ¿Acaso no podría haberse tomado los somníferos ella misma?

—Por supuesto que podría haber sucedido así. Pero, por fortuna, la ciencia moderna ha puesto a disposición de la medicina forense una serie de herramientas y métodos indispensables. Una de esas herramientas es la posibilidad de calcular el tiempo exacto de descomposición de diversos fármacos y sustancias tóxicas. Realizamos la prueba con la sangre de la víctima varias veces, para llegar otras tantas a la misma conclusión: es imposible que Alexandra Wijkner se cortase las venas a sí misma, puesto que para cuando el corazón se detuvo a causa de la abundante pérdida de sangre, ella debía de llevar ya bastante tiempo inconsciente. Por desgracia, no puedo facilitarte datos cronológicos exactos, que no nos ha llevado tan lejos la ciencia, por ahora, pero sí que no cabe la menor duda de que se trata de un asesinato. Espero de verdad que seáis capaces de encargaros de esto. No creo que tengáis muchos asesinatos por esos andurriales, ¿no?

La voz de Pedersen ponía de manifiesto sus dudas, lo que Mellberg interpretó en el acto como una crítica personal.

—Sí, tienes razón, aquí en Tanumshede no tenemos gran experiencia en este tipo de casos. Por suerte, mi destino aquí es provisional; mi plaza está en la policía de Gotemburgo y la larga experiencia que allí acumulé nos ayudará, de forma incuestionable, a hacernos cargo de una investigación de asesinato, aunque sea aquí. Además, será una oportunidad para los policías rurales, que podrán ver cómo se desarrolla el verdadero trabajo policial, de modo que no cuentes con que tardemos mucho en tener el caso resuelto. Recuerda lo que te digo.

Con aquella ostentosa exposición, Mellberg dio por supuesto que le había dejado bien claro al forense Pedersen que no se las estaba viendo con un pardillo. Los médicos siempre andaban dándose importancia. En cualquier caso, Pedersen había termi-

nado su parte del trabajo y ahora le tocaba entrar en escena a un profesional.

—¡Ah, se me olvidaba! —el forense había enmudecido ante la soberbia de que hacía gala el policía, por lo que estuvo a punto de dejar en el tintero dos hallazgos que consideraba importantes—. Alexandra Wijkner estaba embarazada de tres meses y ya había tenido hijos con anterioridad. Ignoro si eso puede ser relevante para la investigación, pero siempre es mejor tener información de sobra, ¿no?

Mellberg respondió con un resoplido y, tras un par de escuetas frases de despedida, dieron por concluida la conversación. Pedersen embargado por la duda de hasta qué punto era competente la persona que iba a perseguir al asesino y Mellberg con reavivado impulso vital y renovada energía. Ya se había efectuado un primer examen del baño inmediatamente después del hallazgo del cadáver; ahora, se ocuparía de que inspeccionasen al milímetro la casa de Alexandra Wijkner.